

2386

EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICAS.

¡¡CON FAMILIA!!

JUGUETE CÓMICO

1er. Ap. te

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

MARIANO DE LARRA Y OSSORIO.

Castilla.

MADRID.

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

(Sucesor de Hijos de A. Gullon.)

PEZ, 40.—OFICINAS. POZAS,—2—2.º

1884.

5

AUMENTO A LA ADICION DE 11 DE JUNIO DE 1883.

COMEDIAS.

Propiedad
que
corresponde

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
Á cual mas loco.....	1	D. Luis de Lara y Ossorio....	Todo.
Anuncio de venta.....	1	Sres. J. Cuesta y Gay.....	»
Así va el mundo.....	1	D. E. Alvarez.....	»
Cambiar de génio.....	1	Luis Suarez.....	»
Cambio de habitacion.....	1	G. Perrin.....	»
Cortarse la coleta.....	1	E. Segovia.....	»
Contrastes matrimoniales.....	1	Federico Olona.....	»
Deuda de sangre.....	1	J. Velazquez y Sanchez..	»
En el portal de mi casa.....	1	Juan Maestre.....	»
El cap d'Holofernes.....	1	Antonio Roig.....	»
En la plaza de Bons ó un hora de cuarentena.....	1	Antonio Roig.....	»
Els bans de les barraquetes.....	1	Antonio Roig.....	»
El beneficio de las víctimas.....	1	N. N.....	»
Escuela antigua.....	1	Alfredo Lasala.....	»
En la mit de Sen Chuan.....	1	Antonio Roig.....	»
La carrera de la Dona.....	1	Juan B. Busquete.....	»
La catástrofe de Casamicciola.....	1	Jaime Piquet.....	»
La desconocida de san Jorge.....	1	Vicente Cobos.....	»
Las dos iniciales.....	1	N. N.....	»
Matrimonios modelo.....	1	R. Caruncho.....	»
Mi sócio y yo.....	1	N. N.....	»
Oros son triunfos.....	1	N. N.....	»
Recuerdos de gloria.....	1	R. Caruncho.....	»
Tres abelles de colmena.....	1	Antonio Roig.....	»
Una tiple averiada.....	1	Federico Olona.....	»
Un barter de Carreró.....	1	Antonio Roig.....	»
Un chuche munisipal.....	1	Antonio Roig.....	»
Un recalcitrante.....	1	Juan Marina.....	»
Venga de ahí.....	1	Juan Maestre.....	»
El asistente Quiñones.....	2	E. Zumel.....	»
Eleccion de ayuntamiento.....	2	Juan Utrilla.....	»
De carne y hueso.....	3	Vicente Colorado.....	»
El otro.....	3	Miguel Echegaray.....	»
El Guapo Rondeño.....	3	Eusebio Blasco.....	»
La Charra.....	3	Ceferino Palencia.....	»
¿Perez ó Lopez?.....	3	Miguel Echegaray.....	»
¿Piensa mal... ¿y acertarás?.....	3	José Echegaray.....	»
Un hombre de bien.....	3	Luis Mariano de Larra...	»

ZARZUELAS.

Á la Praderal ¡Á la Praderal.....	1	Sres. Maestre y Arnedo.....	L. y M.
Arte de Birlibirloque.....	1	Caballero y Reig.....	L. y M.
Cantar victoria.....	1	Maestre.....	L.
Curriya.....	1	M. Fernandez Caballero..	M.

Queridísimo Castilla:
reciba V. esta pequeña
monstrua de mi gratitud
unida al verdadero cariño
que le profesa

El autor

de **CON FAMILIA!!**



¡¡CON FAMILIA!!

JUGUETE CÓMICO

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

MARIANO DE LARRA Y OSSORIO.

Estrenado en el Teatro ESPAÑOL el día 12 de Abril de 1884.



MADRID.—1884.

IMPRESA DE COSME RODRIGUEZ,

SOBRINO DE DON JOSÉ RODRIGUEZ.

Calvario, n.º 18.

PERSONAJES.

ACTORES.

MATILDE.....	SRTA. CALDERON.
DOÑA JOSEFA (50 años).....	SRA. ZAPATERO.
DOLORES (34 años).....	HUJOSA.
CARLOTA.....	SRTA. GONZALEZ.
ANACLETA (criada).....	SRA. BARREDA.
RAFAEL.....	SRES. MORALES.
MANUEL.....	CASTILLA.
JULIO.....	BALAGUER.
NICANOR.....	ALTARRIBA.
CÁRLOS.....	MENDIGUCHIA.
JUAN (criado).....	CASTRO.
DOS NIÑOS.....	»

La accion en Madrid.—Época actual.

El papel de Dolores debe hablarse con acento andaluz muy marcado, pero fino.

Entiéndase por derecha é izquierda la del actor.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada el Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

SR. D. MIGUEL ECHEGARAY.

Mi distinguido amigo: Su bellísima comedia *Sin familia* me hizo pensar en lo cómica que resultaría en la escena una obra con el pensamiento contrario al de la suya. Para que esta no resultase, sin embargo, antipática al público, era preciso quitarle toda idea que indujese á creer que se atentaba en ella á los principios de moral y religion, en que la familia, base de la sociedad, descansa: por eso es mi obra un juguete cómico y no una comedia; y por eso mi única esperanza acerca de ella, es distraer, por tres horas, con situaciones cómicas y tipos vivos, al ilustrado público que celebró y celebrará siempre con aplausos el pensamiento trascendente y los chistes cultos de *Sin familia*.

Por lo tanto, si mi juguete tiene buen éxito, á usted se le debo. Permítame usted, pues, que al dedicársele le manifieste la seguridad con que es suyo amigo y apasionado,

MARIANO DE LARRA Y OSSORIO.



ACTO PRIMERO.

Comedor de una casa elegantemente amueblada; aparador con loza y cristal; en medio una mesa redonda; lámpara colgada en el centro; sillas y butacas de rejilla; á la izquierda chimenea; en las paredes cuadros de comedor y platos antiguos. Dos puertas á cada lado.

ESCENA PRIMERA.

RAFAEL y CÁRLOS sentados.

CARLOS. Pues sí, chico, te lo aseguro; cuando anoche te ví en los jardines del brazo de una señora, dige para mí: «Vamos, Rafael ya tiene otro nuevo arreglito!»

RAFAEL. Pero hombre!... Había de ir del brazo?...

CARLOS. Sí; no importa: se dan casos. En fin, ¿qué quieres? me lo figuré todo, ménos que te hubieras casado.

RAFAEL. Y por qué?

CARLOS. Tú, segunda edicion del *Hombre de mundo*; tan calavera; tan amante de la libertad... luégo... no has tenido á bien decirnos á ninguno una palabra...

RAFAEL. No lo extrañes; primero, que la cosa se ha hecho de repente...

CARLOS. Así saldrá ello! (Riéndose.)

RAFAEL. Pues no saldrá así: te equivocas; además, como sé que todos mis compañeros de glorias y de fatigas hubiérais puesto el grito en el cielo, y me habríais creído el diablo predicador; de la noche á la mañana, y al salir de la iglesia, cogí á mi mujer del brazo y á Suiza! Allí hemos pasado tres meses deliciosos, y sólo hace quince dias que hemos vuelto á pisar la coronada villa, empleándolos en nuestra instalacion definitiva. (Cárls le mira compasivamente.) Pero... (Fijándose en Cárls.) ¿por qué me miras con esos ojos?

CARLOS. Porque cada vez me acostumbro ménos á la idea de verte padre de familia.

RAFAEL. Hombre! todavía no.

CARLOS. Bien; marido de familia. Pero quién había de figurarse, conociendo tu método de vida...

RAFAEL. Por lo mismo; tú, mejor que nadie, sabes cómo he vivido durante es tos últimos años; he gastado un dineral; he engañado á cuantas se han dejado engañar; mi familia, en vista de mi conducta, me tenía olvidado por completo, y como era de esperar, llegó el día del aburrimiento... me cansé de estar solo, sin familia! entregado á la voluntad de criados egoistas y de amigos gorriones...

CARLOS. Gracias, chico.

RAFAEL. No, hablo en general; tu carrera de pintor te ha dado siempre una buena renta, y no has tenido necesidad, como otros muchos que tú conoces, de llamarme tu acreedor.

CARLOS. Es cierto.

RAFAEL. La vida había llegado á ser para mí de una monotonía insoportable... y me casé. De este modo, tengo mujer que mire por mi dinero...

CARLOS. Ó que te lo gaste.

RAFAEL. Para eso lo tengo. Tendré regularmente hijos que miren por mi felicidad...

CARLOS. Ó que te la destruyan.

RAFAEL. Y sobre todo, ahora que me he reconciliado con mi

familia, no estaré solo en el mundo como un hongo.

(Pausa.)

CARLOS. Pero ¿se puede saber de cuál de las ventisiete novias que tenías era el anzuelo que has mordido?

RAFAEL. De ninguna; mi mujer es una jóven bella, graciosa, encantadora... que vivía sola con su madre.

CARLOS. Entónces no vivía sola.

RAFAEL. Bien, es lo mismo.

CARLOS. No; es mucho peor.

RAFAEL. Estás equivocado; tengo la conviccion de que mi suegra me adora; sólo hace quince dias que vivo con ella...

CARLOS. Ah! todavía no ha tenido tiempo...

RAFAEL. ¿Para qué?

CARLOS. Para sacar las uñas; á las suegras les ¡pasa lo que á los criados; la primera semana todos son buenos; pero luégo...

RAFAEL. Te engañas.

CARLOS. Me alegraré por tí. (Pausa.) Y dime, supongo que tu mujer estará bien de fondos... ¿eh?

RAFAEL. Nada de eso, pero maldita la falta que me hace; como sabes, tengo tres mil duros de renta; esta casa que mi padre me dejó al morir y una preciosa quinta en Aranjuez.

CARLOS. Sin embargo, todo hace falta; ahora hay que vivir al dia; ántes, esta casa, estaba casi siempre desierta, y desde hoy tendrá convidados seis dias á la semana... los parientes de tu mujer vendrán á pasar alguna temporadita con vosotros.

RAFAEL. No; por desgracia, mi mujer no tiene más parientes que su madre.

CARLOS. Y es bastante!

RAFAEL. Pero en cambio, mis tios, mis primos y mi hermano, vendrán pronto á hacerme feliz con su compañía.

CARLOS. Segun eso, esperas á toda tu familia? (Con gravedad cómica.)

RAFAEL. Á casi toda, y eso es lo que me hace dichoso; de eso

es de lo que tengo hambre! Ah! la familia! chico; hasta que me he casado no he llegado á comprender esa clase de placeres; cuando tú te cases...

CARLOS. No lo querrá Dios!!!

RAFAEL. Qué sabes tú? Creeme, no hay nada como la familia!

CARLOS. Sí; ya sé que no hay nada peor!

RAFAEL. Mira; ayer he recibido dos cartas y tres telégramas. (Sacando unos papeles del bolsillo.) Éste es de mi tío Manuel. (Leyendo.) «Recibí noticia matrimonio; salgo mañana.»

CARLOS. Bien.

RAFAEL. Este otro es de mi hermano Julio: «He sabido catástrofe; salgo hoy con botiquin; recibe pésame.» (Dejando de leer y riendo.) Siempre tan bromista!

CARLOS. Ese es casado, de hijo!

RAFAEL. Te engañas.

CARLOS. Entónces es de... los que no se casan.

RAFAEL. (Enseñando otro papel.) Y este último... es de mi tío Nicanor que está en Granada. (Leyendo.) «Te casaste, te ahorcaste: iré á aljojar el nudo.»

CARLOS. Pues cuando venga, te encuentra de cuerpo presente!

RAFAEL. (Guardando los papeles.) Las cartas dicen casi lo mismo y son de mis tias; una de ellas no me vé hace diez años, y se ha puesto ya en camino con sus cinco hijos: me quiere mucho.

CARLOS. Sí, se conoce. Pero ¿vienen todos á parar á tu casa?

RAFAEL. Es claro! Como sólo habitamos este piso y no pienso alquilar el segundo, he mandado amueblar algunas habitaciones.

CARLOS. (Levantándose.) Pues te ha caído la lotería!!

RAFAEL. (Dirigiéndose á la primera puerta de la izquierda.) Pero mi mujer no sale...

CARLOS. Déjala, no la molestes; estará haciendo su *toilette*.

RAFAEL. No; ya debe haber terminado. (Llamando.) ¡Matilde! Ya viene; sin duda creería que la visita era de cumplido.

ESCENA . II.

DICHOS y MATILDE por la primera puerta de la izquierda.

MAT. Me llamas?

RAFAEL. Sí; Cárlos que ha venido á felicitar me y deseaba verte.

CARLOS. Señora... (Reparando en ella.) Cómo! Qué veo! Matilde?
(Con gran alegría los dos.)

MAT. (Id.) Señor de Alvarez!

RAFAEL. (Con extrañeza) Cómo! Se conocían ustedes?

MAT. Ya lo creo! He tenido el gusto de bailar con este caballero muchos lanceros y no pocos valsés, en casa de la generala.

CARLOS. (Á Matilde.) Y juro á usted, que cuando usted no iba no encontraba pareja á mi gusto.

MAT. Siempre tan galante.

RAFAEL. (Con ironía disimulada.) Mucho! Mucho! Lástima que sea un calavera deshecho!

CARLOS. Hombre... eso...

RAFAEL. Un Don Juan Tenorio!

CARLOS. (Á Matilde.) No crea usted...

RAFAEL. Un seductor impenitente! (Toma! Por si acaso.)

MAT. (Con naturalidad.) Vas á conseguir hacerle interesante á los ojos de todas las mujeres...

RAFAEL. (Demonio! Es cierto; la suerte de los maridos; hagan lo que hagan, nunca aciertan!

CARLOS. Dispense usted, amiga mia, si la he distraido de alguna grata ocupacion; pero el deseo de conocerla...

MAT. Nada de eso; estaba arreglándome para recibir á la familia de Rafael, pero ya había terminado.

CARLOS. (Á Rafael, dándole palmadas en el hombro, y mirando á Matilde.) Ah! bribon! Ahora sí que te doy la enhorabuena!

RAFAEL. (Algo preocupado.) Gracias... gracias....

MAT. No ibas á arreglarte un poco?

RAFAEL. Sí... en efecto...

MAT. Pues aprovecha el tiempo, por si luégo alguna visita no te deja...

RAFAEL. Yo te diré... luégo...

CARLOS. No; hombre, no: conmigo no gastes cumplidos; anda á vestirme...

RAFAEL. Tiempo tendré...

MAT. No lo creas, es muy tarde; Cárlos, que segun tú me has dicho, es más que tu amigo, tu hermano, me hará mientras compañía.

RAFAEL. (Que sigue algo preocupado.) Cárlos... Sí... en efecto...

CARLOS. Ya lo creo! Chico... con franqueza... puedes marcharte...

RAFAEL. (Pues señor; me echan! Diantre de Carlitos...)

CARLOS. Á ménos que no tengas el feo vicio de ser celoso y no dejar á tu señora á sol ni sombra! (Riéndose.)

RAFAEL. (Disimulando.) Yo?... Celoso?... Ave María!... Y de mi mujer!... Y de tí... pero hombre!...

MAT. (Riéndose.) Bueno estaría!

CARLOS. (Id.) Tendría gracia!

RAFAEL. (Ahora me ponen en ridículo.) Bien; ahí se quedan ustedes; vuelvo en seguida. (Se conocían! Demonio! Demonio!) (Yéndose por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA III.

MATILDE y CÁRLOS.

MAT. (Sentándose.) Cuánto me alegro que sea usted amigo de Rafael, y que haya tenido esta ocasion de hablar á usted á solas!

CARLOS. Señora; usted dirá...

MAT. Desde hace tres ó cuatro dias estoy dudando á quién encomendar un trabajo bastante delicado, y ya que la casualidad ha hecho que nos veamos tan oportunamente, nadie mejor que usted puede encargarse de dicha obra.

CARLOS. Tendré muchísimo gusto...

MAT. La fama de usted aumenta de dia en dia, y todo Madrid asegura que es usted un pintor, no de esperanzas, sino de realidades.

CARLOS. Señora... el mundo es muy amable...

MAT. El mundo le hace á usted justicia; y además, yo misma he visto cuadros de usted, admirables! Pues bien; el favor que espero de usted es el siguiente; dentro de quince dias es el santo de mi marido; ¿se atreve usted á hacer mi retrato para esa fecha?

CARLOS. No es largo el plazo si he de hacer un retrato digno del original; pero prometo abandonar todos los demás trabajos y dedicarme exclusivamente á ese. Es el primer favor que me pide mi bella y antigua pareja.

MAT. No esperaba ménos de su amabilidad...

CARLOS. De mi deseo de complacer á usted.

MAT. Ahora es preciso arreglar el modo de que Rafael no se entere de ello, y poderle dar tal sorpresa.

CARLOS. De no ser aquí... únicamente en mi estudio...

MAT. Perfectamente; ese es el mejor sitio: ¿cuánto tiempo tendré que permanecer allí?

CARLOS. Dos horas diarias, durante los cinco ó seis primeros dias.

MAT. Nada más?

CARLOS. Nada más.

MAT. Pues bien: si usted, como creo, no tiene inconveniente, iré con mi madre...

CARLOS. Señora... al contrario...

MAT. Bueno; ¿cuándo podemos empezar?

CARLOS. Mañana mismo.

MAT. Á qué hora?

CARLOS. Eso quedá á la eleccion de usted.

MAT. Por la mañana?

CARLOS. Muy bien.

MAT. Á las diez.

CARLOS. Perfectamente.

MAT. No puede usted figurarse lo que le agradezco el favor; sólo de pensar en lo contento que vá á ponerse Rafael cuando vea...

CARLOS. Eso es tambien un poderoso motivo para que yo ponga en ese trabajo toda mi atencion.

- MAT. Por supuesto, que mañana mismo hablaremos del precio...
- CARLOS. Ya lo creo! ¡Pues no faltaba más! Pero ante todo es preciso que salga mi humilde trabajo todo lo bien que yo deseo.
- MAT. ¿Quién lo duda?

ESCENA IV.

DICHOS y RAFAEL por la primera puerta de la izquierda poniéndose la corbata.

RAFAEL. Ya estoy aquí!

MAT. (Á Carlos con rapidez.) (Silencio!)

RAFAEL. (Que lo ha oído.) (Eh? Qué es esto?) Yo no sé á qué hora llegan los trenes, pero ya estoy preparado.

CARLOS. (Levantándose.) Vaya, las cinco; tengo que hacer dos ó tres cosas y me voy.

MAT. Tan pronto?

RAFAEL. (Qué estarían hablando?)

CARLOS. Ya comprenderá usted que no será por deseo de abandonarles... (Á Matilde.)

RAFAEL. (Por qué le mandaría callar?)

MAT. (Con naturalidad.) Y yo que creí que comería usted con nosotros...

CARLOS. Señora... otro dia; lo prometo; hoy tienen ustedes muchos convidados.

MAT. No importa! todos son de confianza... ¿verdad, Rafael?

RAFAEL. (Disimulando.) Sí, chico; todos son de confianza! no importa...

CARLOS. Bueno; entónces volveré á las ocho, verdad?

RAFAEL. Sí; todavía no hemos variado la hora de comer.

CARLOS. (Abrazándole.) (Ya irás variándolo todo; yo te lo prometo!) Matilde, á los piés de usted. Abur, Rafael, y te repito la enhorabuena; nos has robado una de las perlas de Madrid!

MAT. Por Dios...

RAFAEL. (Con ironía.) Qué fino es!

CARLOS. (Cogiendo el sombrero.) Adios! chico! hasta luégo! (Váse por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA V.

MATILDE y RAFAEL, á poco JUAN por la primera puerta de la derecha.

MAT. (¿Habrá oído algo?)

RAFAEL. (Preocupado.) (De qué hablarían? ¿Por qué le mandaría callar? Disimulemos.) Juan! Juan!!!

JUAN. Señorito...

RAFAEL. No oyes que te estoy llamando?

JUAN. Había ido á abrir al señorito Cárlos.

RAFAEL. ¿Están listas las habitaciones de arriba?

JUAN. Sí señor.

RAFAEL. Y las de aqui?

JUAN. Tambien.

RAFAEL. Bueno; pues en cuanto oigas que pára algun coche á la puerta, bajas y ayudas á subir los equipajes.

JUAN. Está bien, señorito. (Váse.)

MAT. Mal humor tienes hoy por lo visto...

RAFAEL. (Disimulando.) No, hija mia, como siempre!

MAT. Será aprension mia entónces; pero sentiría que tu familia creyese el mismo dia de su llegada que no eras tan feliz como les has asegurado.

RAFAEL. Nada de eso; los recibiré... con cara de páscua. ¿Y mamá?

MAT. Salió temprano; segun me dijo, ha ido á comprar algunos extraordinarios para la mesa; dice que los criados no entienden de eso...

RAFAEL. Pobre señora! y se ha molestado...

MAT. Si; pero eso precisamente es lo que yo quiero evitar cuanto ántes: todos en el mundo tenemos algun defecto, y ella, con la mejor intencion, tiene el de meterse en todo.

- RAFAEL. Es que nos quiere mucho.
- MAT. Sí; lo comprendo... pero...
- RAFAEL. Nada; eres injusta!
- MAT. La conozco más que tú. Mira; esta misma mañana ha querido obligarme á que en un dia como hoy echase de casa á la cocinera.
- RAFAEL. Bien; habrá descubierto alguna falta...
- MAT. Nada de eso; todo es porque se ha figurado que anoche, cuando la dimos las órdenes para la comida de hoy, la mirabas mucho.
- RAFAEL. Jesús!... ¡Á la cocinera! Por fortuna, tú sabes que no es cierto. Además, eso no demuestra más que cariño hácia tí y deseo de que no se te engañe. ¿Cómo puedes creer?... Y... dime; hablando de otro asunto; ¿qué opinas de la venida de mi familia? háblame con franqueza.
- MAT. Qué he de opinar? Si tú eres feliz con su compañía...
- RAFAEL. Sin embargo... temo... que vuestros caracteres no se avengan...
- MAT. Descuida: todo es cuestion de tacto y de paciencia. Yo te juro hacer lo posible por parecer á todos ellos la mujer más simpática del mundo.
- RAFAEL. Mira: los únicos que te darán que hacer... son mi tia Dolores y mi tio Nicanor; tienen un carácter completamente opuesto: ella es la mujer más aprensiva del globo, y él el hombre más despreocupado del Universo; cada diez minutos disputan veinte veces. Mi hermano es un buen chico, mi tia Carlota es una infeliz, y mi tio Manuel un bendito: no tiene otro defecto que... el de ser el hombre más enamorado que has visto en tu vida!
- MAT. Vamos...
- RAFAEL. No creas; tiene ya sus sesenta añitos...
- MAT. Ya; es un viejo verde...
- RAFAEL. Sí; pero de los más verdes.
- MAT. Y ¿cómo es que viniendo casi toda tu familia á pasar con nosotros parte de la luna de miel, no viene tam-

bien tu madre?

RAFAEL. No desconfío de verla por aquí, pero desgraciadamente lo ménos en quince días, será imposible; la pobre ha vuelto á resentirse de sus dolores reumáticos y tendrá que ir á los baños, de modo que hasta su regreso...

JUAN. (Desde la primera puerta de la derecha.) Señorito; un coche ha parado á la puerta.

MAT. Ah! ya están ahí, y mamá no ha vuelto...

RAFAEL. De seguro es tío Manuel. (Á Juan.) Corre! Sube los equipajes y conduce á aquí á quien sea. (Váse Juan.)

MAT. Yo voy á disponer...

RAFAEL. No; ántes quiero presentarte... es cosa de un momento... verás... verás qué hombre tan simpático!

MAN. (Dentro.) Dónde está! Dónde está?

RAFAEL. (Yendo á recibirle.) Por aquí! tío; por aquí! (Aparece D. Manuel con cartera y gorra de viaje; botines de hilo y cantimplora colgada del hombro.)

MAN. Hola! cabeza de familia! (Abraza á Rafael.)

RAFAEL. Matilde; mi tío Manuel; tío, su nueva sobrina.

MAT. Ya descaba conocer á usted. (Dándole la mano.)

MAN. (Mirando fijamente á Matilde.) Mil gracias! (Caracoles! Qué bonita es mi sobrina!)

RAFAEL. Vaya, vaya; quítese usted eso y que lo suban á su cuarto.

MAN. Pero qué? Me has puesto el cuarto en la bohardilla?

RAFAEL. Por Dios, tío!

MAT. No señor; tiene usted un espacioso gabinete en el piso segundo.

MAN. Hombre... lo siento; porque á mí las escaleras me matan y hubiera preferido estar á vuestro lado.

RAFAEL. Pues nada; todo puede arreglarse; usted se queda en el cuarto que estaba destinado para Julio, y él se irá al de usted cuando venga.

MAN. Perfectamente; según eso, esperas á tu hermano?

RAFAEL. Sí, señor; y además á tía Carlota; á tío Nicanor con su mujer é hijos...

- MAN. Hombre! Me alegro!
- MAT. Pues yo, con permiso de usted, voy á dar algunas órdenes...
- MAN. Sí, anda; nada de cumplidos...
- MAT. Hasta luego. (Váse por la primera puerta de la izquierda: Don Manuel la sigue hasta la puerta.)
- MAN. (Sin dejar de mirarla.) (Lo dicho, me gusta mucho mi sobrina!)

ESCENA VII.

MANUEL y RAFAEL, ~~después JUAN, y luego ANACLETA.~~

Se sientan.

- RAFAEL. Usted, como es natural, vendrá cansado; en cuanto veamos si vienen los tios en este mismo tren, comeremos, y así podrá usted acostarse temprano.
- MAN. No tiene nada de extraño que no nos hayamos visto; porque he venido durmiendo todo el camino, y además no me he detenido en sacar el equipaje; mañana me lo traerán.
- RAFAEL. Conque... ¿qué tal por aquella tierra?
- MAN. Hombre... regular... En Andalucía va habiendo cada dia ménos mujeres bonitas, y eso me tiene disgustado.
- RAFAEL. Usted siempre con su manía, eh?
- MAN. Qué le vá uno á hacer? Es el único atractivo que tiene el mundo. Por supuesto que tú ahora me llevarás á los teatros... á paseo... á las reuniones...
- RAFAEL. Sí señor; saldremos juntos algunas veces.
- MAN. Cómo algunas veces? Siempre! Ó eres de los que no saben separarse de su mujer en todo el día? Nada; nada, yo te enseñaré á ser marido; desde el principio hay que acostumbrarlas...
- RAFAEL. Sin embargo...
- MAN. No estoy conforme; mientras yo esté aquí, has de hacer mi gusto, ó me voy!
- RAFAEL. Bien, bien, haré lo que usted quiera.

MAN. Así me gusta. Y vamos á ver... cuéntame algo de tus trapisondas... pero de las de ahora...

RAFAEL. Tio! Si me acabo de casar!

MAN. Pues por eso. Ahora es cuando nadie puede figurarse nada! Ó eres de los que creen que cuando uno se casa... ¡Ay! qué inocente! Vaya! chico, veo que no lo entiendes.

RAFAEL. Es que yo no quiero que me suceda lo que á usted; prefiero no tener que separarme nunca de mi mujer, para encontrarme sin cariño y sin compañía, cuando más falta hace; es decir, á la vejez.

MAN. (Tosiendo.) Hombre... lo que sí te agradecería es que me trajeran un vaso de agua.

RAFAEL. En seguida; la quiere usted sola?

MAN. Sí, sola.

RAFAEL. (Á Juan.) Juan! Un vaso de agua para el señor.

JUAN. (Que cruza la escena de izquierda á derecha con un espejo al hombro.) La señorita me manda que lleve esto arriba. (Llamando desdo la segunda puerta de la derecha.) Anacleta! Un vaso de agua! (Váse por la primera puerta de la derecha.)

RAFAEL. Pues sí, querido tio; discutiremos, discutiremos sobre nuestro distinto modo de ver las cosas.

MAN. No me convencerás; á la mujer y á la cabra...

RAFAEL. Sí, pero *no tan larga*.

MAN. Al contrario; mientras más larga mejor; así se la pierde ántes de vista.

ANAC. (Entrando con vasos y bandeja.) ¿Para quién es el agua?

MAN. Trae. (Bebiendo.) Hombre... qué fresca está... (y qué graciosísima es la chica ésta!) (Mirándola fijamente.) Gracias, hija, gracias...

ANAC. (Vaya un modo de mirar que tiene este señor!) (Váse.)

RAFAEL. Y ¿qué tal le vá á usted en su nuevo destino?

MAN. Bien; es de lo mejor que hay que ser!

RAFAEL. Se trabaja mucho?

MAN. No para matarse, ¿sabes? Y despues... para la falta que uno hace... lo mismo se juega al monte estando yo allí que no estando; lo mismo se pegan de puñala-

das delante, que detrás de mí.

RAFAEL. Lo que es eso...

MAN. Pero qué vas á hacer? Si metes á uno en presidio te expones á que sus parientes ó amigos te dejen en cueros... ó te arrastren, que ya se han dado casos! Nada, nada, una horita diaria de firmas... y á paseo!

RAFAEL. De ese modo...

MAN. De ese modo... es decir... no haciendo nada, tienes la seguridad de que nunca te dejen cesante.

JUAN. (Desde la primera puerta de la derecha.) Señorito; otro coche ha parado á la puerta. (Se vá.)

RAFAEL. Ellos son, de seguro!

MAN. Cómo les vá á sorprender encontrarme aquí!

RAFAEL. Vamos á recibirles!

MAN. Yo me quedo escondido; verás, verás. (Se oculta detrás de la mesa.)

UNA VOZ DE HOMBRE. (Dentro.) Yo voy delante! No os dejeis nada en el coche!

OTRA DE MUJER. (Id.) Juan; lleve usted á la niñera á nuestro cuarto y que vaya acostando á los niños!

ESCENA VIII.

DICHOS, DOLORES, NICANOR y una NIÑA de ocho años.

NICANOR. (Apareciendo en el foro con una cesta, una jaula y dos almohadas pequeñas.) Ya hemos llegado! (Detrás de él, entra Dolores con un botiquin de mano y el niño cogido del brazo. Detrás, Juan.)

RAFAEL. (Abrazándoles.) Hola! Queridos tios!

MAN. (Saliendo de su escondite sin ser visto.) Pum!!

DOL. (Asustada.) Ay! Por poco se me cae el botiquin!

NICANOR. Hombre... qué barbaridad! ¿Quién habia de figurarse?...

MAN. y RAFAEL. Já! já! já!

DOL. Pues mira... milagro será que no me resulte algo del susto!

RAFAEL. (Á Juan, que ha entrado con dos ó tres maletas.) Mira; sube los equipajes y avisa á la señorita. (Váse Juan.)

NICANOR. Nos iremos deshaciendo de todos estos estorbos. (Dejándolo todo en la mesa)

RAFAEL. (Á la Niña.) Y tú, buena moza?

NIÑA. Con mucho gusto.

RAFAEL. Qué tal el viaje?

NIÑA. Carmencita Martínez.

NICANOR. Niña!

MAN. Claro; no hay nada más estúpido que enseñar á los niños las contestaciones ántes de tiempo y ántes de saber lo que les van á preguntar.

NICANOR. (Á Manuel.) Y cómo tú por aquí?

MAN. He venido á pasar con estos la luna de miel.

NICANOR. Me alegro; lo mismo hacemos nosotros.

DOL.¹ Niña, cierra esas puertas, que hay correspondencia.

NICANOR. Pero mujer, si hace un calor horrible!

RAFAEL. (Riéndose.) (Ya empiezan á disputar; diantre de tios!)

DOL. Nada, nada; ciérralas. (La niña cierra las de la derecha.)

NICANOR. Eso es... y nos ahogaremos.

DOL. Más vale sudar que estornudar!

NICANOR. (Siempre lo mismo!)

MAN. (Esta pareja me hace feliz.)

RAFAEL. Ustedes, como es natural, traerán apetito, y voy á dar órden... (Entra Juan, recoge lo que hay sobre la mesa y váse por la primera puerta de la derecha.)

NICANOR. Hombre, sí!

DOL. No; espera un rato; ahora venimos cansados del viaje y nos podría hacer daño.

NICANOR. Pero qué tienen que ver las piernas con el estómago?

DOL. Pues comen ustedes y nosotros esperamos.

RAFAEL. No; esperamos todos.

DOL. (Á Rafael.) Lo que noto es que estás demasiado abrigado para este tiempo.

RAFAEL. Es que aquí no hace tanto calor como en Andalucía.

DOL. Sin embargo, debes alijerte de ropa.

NICANOR. Qué más dá?

MAN. Hombre, yo creo que cada uno debe vestirse como le dé la gana.

ESCENA IX.

DICHOS y MATILDE por la primera puerta de la izquierda.

MAT. Me llamas, Rafael?

RAFAEL. Sí; te presento á mis tíos Dolores y Nicanor; tíos... mi señora...

DOL. Tengo muchísimo gusto en conocer á usted.

MAT. Lo mismo digo.

NICANOR. (Á Rafael.) Chico... has tenido muy buen gusto!

MAT. Mil gracias.

MAN. (Ya lo creo que ha tenido buen gusto!)

MAT. (Á Dolores.) Y los niños?

DOL. Buenos; arriba han subido á los cuatro, y ya los estarán acostando.

MAN. (Atiza! Pues se han venido sin chicos!)

RAFAEL. Ha vuelto ya mamá?

MAT. No; pero si quieres que comamos...

RAFAEL. Esperaremos un ratito; así como así el exprés del Norte llegará ahora á la estacion y puede que venga en él tia Carlota. (Mirando el reloj.)

NICANOR. Hombre!

MAN. Viene tambien mi hermana? (Con alegría.)

RAFAEL. Si señor. (Id.)

DOL. Ay! Jesús! No sabes lo que lo siento.

NICANOR. Por qué? (Con extrañeza.)

DOL. Porque *La Correspondencia* dice que hay allí muchísimas viruelas... y ahora con los niños...

MAN. Pero mujer, desde Valladolid á aquí ya ha tenido tiempo de ventilarse!

MAT. Además, ustedes tienen su habitacion arriba y ella la tiene aquí.

DOL. Sí; pero el roce...

MAN. Pues no os roceis.

NICANOR. Esas son tonterías; las viruelas no se pegan; yo he

asistido á muchos violentos.

DOL. Tú has hecho muchas atrocidades; pero algun dia tocarás las resultas.

MAN. Pues ya vá siendo un poco tarde!

NICANOR. Y... de negocios ¿qué tal? Segun veo progresas, porque tienes la casa perfectamente puesta.

RAFAEL. No; regular.

NICANOR. Yo no sé á qué conduce comprar tanto chisme y tanto mueble inútil: cuánto mejor es tener el dinero guardado para cualquier apuro!

RAFAEL. Si... pero es preciso...

NICANOR. Lo mismo que tener esta casa en la que siempre hay que estar haciendo reformas y composturas, en vez de tener unos cuantos miles de duros en un cajón!

MAN. (Qué ha estado hablando aparte con Matilde.) (Pues señor cada vez me gusta más mi sobrina!)

ESCENA X.

DICHOS y DOÑA JOSEFA.

JOSEFA. (Por la primera puerta de la derecha y cargada de paquetes; uno de ellos con fresa.) Ya estoy de vuelta!

MAT. Mamá, creíamos que te había pasado algo! te presento á los tíos de Rafael: queridos tíos, mi mamá...

DOL. (Saludando.) Muy señora mía...

NICANOR. (Id.) Tengo mucho gusto...

MAN. Tengo el honor...

JOSEFA. Mil gracias; pues nada, pueden ustedes hacer lo que gusten; en mi casa están ustedes como en la suya... Ay, hijos míos! Qué calor! (Quitándose el manto y dejando los paquetes sobre la mesa.) Media hora esperando el tranvía, y... nada, me he tenido que venir á pie. (Á Matilde.) Mira; ahí vienen dos libras de fresa; hoy estaba á tres reales y no he querido desperdiciar la ocasion; ya ves, la Anacleta nos la puso ayer á cuatro!

RAFAEL. Es que ayer estaría más cara.

JOSEFA. (Á Matilde.) (Lo ves? Ya la está defendiendo!)

- MAT. ¡Mamá, por Dios!
- JOSEFA. (Ay! hija; qué poco mundo tienes!)
- MAN. (Que ha estado mirando á Doña Josefa desde que entró.) (Pues no debe haber sido fea la señora esta!)
- DOL. ¿Pero van ustedes á comer fresa de noche?
- JOSEFA. Sí, señora.
- DO L. Jesús! Qué disparate! La única vez que la comí estuve á la muerte!
- NICANOR. Tambien yo me caí de la cama una vez y me sigo acostando en ella todas las noches!
- RAFAEL. (Preocupado.) (Pues señor, no se me puede olvidar ¿qué le diría mi mujer á Cárlos? por qué le mandaría callar?)
- MAT. Mamá, haz que vayan colocando eso en los fruteros; creo que ya no vendrá hoy nadie más. ¿Verdad, Rafael? (Toca el timbre.)
- RAFAEL. Qué?... no; ya no vendrá nadie.
- JOSEFA. Además... ustedes traerán apetito... (Empieza á anochece.)
- MAN. Regular...
- NICANOR. Algo, algo.
- JOSEFA. Aquí no tendrán ustedes pavos ni perdices; pero lo que es abundancia... en mi casa siempre quiero que sobre comida.
- MAN. (Á Rafael.) ¡Pero oye; esta casa es tuya. ó de tu suegra!
- RAFAEL. (Mia... pero ella hace las veces.)
- MAN. (Yo creo que lo hace todo!) (Entra Juan por la primera puerta de la derecha.)
- JOSEFA. Juan, mira, coloca esto en los fruteros y á comer en seguida.
- MAT. Antes encienda usted lo lámpara.
- JOSEFA. No, hija, todavía es temprano.
- RAFAEL. Si, sí, que la encienda.
- JOSEFA. Bueno, como queráis, vosotros sois los amos de vuestra casa. (Juan enciende la lámpara.)
- NICANOR. (Pues nadie lo diría.)

- DOL. (Viendo encender la lámpara.) Ay! ¿Usan ustedes petróleo?
- JOSEFA. Ya lo creo!
- DOL. Jesús! qué miedo! El mejor día arden ustedes vivos.
- MAN. No parece sino que ántes no habia fuegos!
- DOL. Si; pero el aceite no da este tufo; ya me vá entrando la jaqueca! Niña, abre esas puertas.
- NICANOR. Eso es; para que ahora que estamos sudando cojamos un catarro!
- DOL. No importa; ábrelas. (Á la niña que las abre.)
- MAN. (Con ironía.) Lo mejor es dejarlas entornadas. (Campañilla.)
- RAFAEL. Me parece que han llamado.
- MAT. Sí; ese será Cárlos. Ah! (Mamá, tengo que decirte una cosa!) (Hablan las dos en voz baja.)
- RAFAEL. (Observando á Matilde.) (Me parece que se ha puesto muy contenta...)
- Juan.* (Desde la primera puerta de la derecha.) Señorito; su tia de usted.
- JOSEFA. (Á Matilde.) (Ves? le ha dado á él el recado.)
- RAFAEL. ~~Me alegro!~~ Que pase, que pase en seguida! (Váse Anacleto por la primera puerta de la derecha.)
- MAN. (Al verla marcharse.) (~~Pero, qué graciosísima es la muchacha esa!!~~)

ESCENA XI.

DICHOS y CARLOTA con un saquito de viaje.

- CARL. (Por la primera puerta de la derecha.) Rafael! ¿Hijo? Quién te conoce?
- RAFAEL. (Abrazándola.) Querida tia!
- CARL. (Saludando á Dolores, Manuel y Nicanor.) Pero ¿qué veo? Tanto bueno por aquí?
- MAN. Gracias! chica!
- JOSEFA. (Á Matilde.) (Hija; no llorará tu marido por falta de familia!)
- RAFAEL. Querida tia... mi señora, mi mamá política... mi tia Carlota... (Presentándolas.)

- JOSEFA. Muy señora mía... (Durante esta escena, Juan pone la mesa.)
- CARL. Lo mismo digo...
- MAT. Tengo mucho gusto...
- CARL. Igualmente...
- MAT. (Quitándola el sombrero y guarda polvo.) La quitaré á usted todo esto.
- CARL. Gracias. Ay, hijos míos! Qué viaje tan endemoniado! Conque... ¿y tus niños?... (Á Nicanor.)
- NICANOR. Bien; arriba están ya acostados los pequeños; la mayor... mírala.
- CARL. Vaya, si está hecha una polla! Dame un beso, Carmencita.
- DOL. (Á la niña, con rapidez.) (No vayas. ¡Ay! Qué compromiso!)
- CARL. Vamos, ven.
- NIÑA. No quiere mamá!
- CARL. Por qué?
- NICANOR. Bah! cosas de chicos; no hagas caso; niña, dá un beso á tu tia! (Llevándola al lado de Carlota; ésta la besa.) ASÍ.
- DOL. (Ea; ya se las pegó!)
- RAFAEL. Está la comida lista?
- MAT. (Con naturalidad.) Sí; pero ¿no esperamos á Cárlos?
- RAFAEL. (Quiere que le esperemos!) No; ya no debe venir.
- JOSEFA. Bueno; pues cuando ustedes quieran.
- DOL. (Con misterio á Rafael.) (Mira, hijo; yo me voy á arriba con ~~el~~ niños, que me suban la comida ¿eh?)
- RAFAEL. (Pero tia!)
- DOL. (Nada; tengo yo mucho miedo con Carlota... no por mí... sino por los niños...)
- RAFAEL. (Bien; bien; como usted quiera.)
- DOL. (Dirigiéndose con la niña hácia la primera puerta de la derecha) Vaya; pues hasta luégo; voy á ver cómo siguen los niños; quedarse ustedes con Dios!
- JOSEFA. Pero si vamos ya á comer!
- DOL. Yo no tengo ahora gana, luégo bajaré. (Váncse.)
- NICANOR. Á mi mujer no hay que hacerla caso!
- MAN. (Mirándola.) (Pero cuidado con los ojos de mi sobrina!)

JOSEFA. Ea! á la mesa.

RAFAEL. Á comer! (Por fortuna, no ha venido!) (Todos se van sentando á la mesa de modo que Rafael queda frente al público, y Matilde y Manuel juntos. Juan empieza á servir la comida.)

JOSEFA. (Á Carlota.) Usted aquí, á mi lado. (Se sientan.)

MAT. (Á Nicanor.) Usted, al lado de Rafael. (Id.)

NICANOR. Sí, hombre; sí. (Se sienta.)

MAN. Lo mismo dá; cada uno donde quiera! (Sentándose junto á Matilde.)

JOSEFA. (Esta gente me parece algo ordinaria!)

RAFAEL. (Á Carlota.) Ya verá usted qué cuartito la hemos preparado!

ESCENA XII.

DICHOS y CÁRLOS.

CARLOS. (Por la primera puerta de la derecha.) Llego á tiempo?
(Manuel y Nicanor se levantan.)

RAFAEL. (Con fingida alegría.) ¡Él! Sí! chico! siéntate donde quieras! (Sigue comiendo.)

MAT. (Haciéndole sitio á su lado. Juan, le pone cubierto.) Aquí tiene usted sitio.

CARLOS. (Dejando el baston y el sombrero.) El mejor!...

RAFAEL. (Á su lado!)

CARLOS. Pero señores... siéntense ustedes...

JOSEFA. Sí; es de confianza! (Todos tres se sientan despues de saludarse.)

RAFAEL. (Maldita la que yo tengo en él.) Es un íntimo amigo mio; Cárlos Alvarez. (Á Cárlos.) Chico; mis tios.

CARLOS. Lo había adivinado. ¿Y qué tal el viaje?

MAN. Bien!

NICANOR. Regular...

CARL. Mal.

CARLOS. Vamos, ha habido de todo!

RAFAEL. (Á Cárlos.) Trae tu plato.

CARLOS. Á mí mu y poca sopa.

MAT. (Con rápidez á Cárlos.) (Se lo he dicho á mamá, y dice

que no tiene inconveniente en acompañarme.)

RAFAEL. (Observándolos.) (Hablan en voz baja!)

MAN. (Por Carlos.) (Me parece que el amiguito este...)

CARLOS. (Á Rafael.) Pues chico; si la felicidad consiste como dices, en vivir rodeado de la familia, tú debes ser ahora el hombre más feliz del mundo.

RAFAEL. (Con intencion.) Sí; casi casi!!

MAN. Hombre!!

CARLOS. ¿Cómo, casi... casi?...

NICANOR. Que se expliquen esas palabras!!! (Todos rien y hablan.)

TODOS. Eso!! Eso!! (Gran animacion en todo el final, Rafael se queda pensativo. Telon rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Despacho de Rafael elegantemente amueblado. Á la izquierda una mesa-ministro.—Á los dos lados de la puerta del foro estantes con libros; en el centro un velador con periódicos y objetos de arte; á la derecha dos butacas y una silla con libros de lujo. Puerta al foro y dos á cada lado. Cuadros y panoplias con armas.

ESCENA PRIMERA.

JULIO y **JUAN** que entran por el foro de la derecha de pantillas y observando la escena desde la puerta ántes de entrar.

JUAN. Pase usted por aquí.

JULIO. Me habrán visto?

JUAN. Creo que no; anoche, cuando usted vino ya estaba cerrada la portería, y los señoritos volvieron mucho mas tarde.

JULIO. Mi hermano estará todavía en la cama?

JUAN. No señor; está arriba con sus tios hace ya un rato!

JULIO. Hombre! Qué milagro! Antes se levantaba siempre despues de las doce, y son las nueve y media... lo que hace el matrimonio!

JUAN. Quiere usted que le pase recado?

JULIO. Si; dile que estoy aquí... (Con misterio.) pero cuidado conque se te escape ni una palabra de cuanto has visto, ni de lo que hemos; convenido anoche; los doscientos reales que te dí, te obligan á guardar la mayor reserva.

JUAN. Esté usted tranquilo.

JULIO. Y si por casualidad se descubre algo y te preguntan .. dices lo que se te ocurra; todo, menos la verdad.

JUAN. Pierda usted cuidado. (Váse por el foro de la izquierda.)

ESCENA II.

JULIO, despues RAFAEL.

JULIO. (Sentado.) *Diavolo! Diavolo!* Mi hermano casado! Qué barbaridad! Si me lo hubieran dicho hace un año... ¿qué lo había yo de haber creído? Un chico listo... con carrera... con dinero... con vergüenza... en fin, con todas las condiciones para no casarse nunca; y ¿cómo le digo yo ahora una cosa tan delicada... sin conocer el carácter de su esposa, ni su opinion sobre tan escabroso asunto?... En fin... las circunstancias me han obligado á hacerlo, y ya no puedo volverme atrás; por fortuna es bueno... me quiere mucho, y estoy casi seguro de que accederá á mis ruegos... ¿Pero de qué medio me valdría yo para decírselo? Temo no atreverme...

RAFAEL. (Por el foro.) Julio!! (Abrazándolo.)

JULIO. (Id.) *Carissimo!!*

RAFAEL. Hace mucho que has llegado?

JULIO. Anoche.

RAFAEL. Cómo anoche?

JULIO. No; me he equivocado; esta mañana... Conque vamos, dime algo de tu mujer... ¿Es bonita? Tiene buen carácter?

RAFAEL. Ah! Es un ángel! ahora la verás. ¿Y qué tal? Qué tal por París?

JULIO. Perfectamente! Me doy la gran vida!... Teatros... Cafés... Paseos y dos ó tres horas de *boureau*.

RAFAEL. Pero asistes á la oficina?

JULIO. Ya lo creo! En las grandes casas de comercio... no puede hacerse lo que en las oficinas del Estado; hay que trabajar por fuerza... y mucho!... Mira, para poder pasar contigo unos cuantos dias, tuve el lúnes que matarme á trabajar; tenía precision de contestar á tres cartas en francés y una en italiano. (Dando importancia á la frase)

RAFAEL. Vamos!

JULIO. Lo que es allí, no se descansa; eso sí, tiene uno la ventaja de tener crédito abierto en todas partes... de mañana á pasado recibiré una letra de mil francos... y por cierto que hasta que la cobre vas á tener que darme algun dinero.

RAFAEL. Sí, hombre, sí; es decir, no podrá ser mucho, porque ahora somos ocho ó nueve de familia.

JULIO. No; con cuarenta duros paso yo estos dos ó tres dias perfectamente.

RAFAEL. Bueno; voy á dártelos ahora, porque mi cabeza es fatal. (Yendo á la mesa y cogiendo el billete de un cajon.)

JULIO. Lo mismo dá; yo no pienso salir de casa hasta las cinco.

RAFAEL. Toma. (Dándole el dinero.)

JULIO. No creas, que lo admito como *cadeau*! En cuanto cobre esa letra...

RAFAEL. Bien, bien.

JULIO. (Guardándose el dinero.) De modo, que quiénes son los que han venido ya? (Sentándose con los piés sobre una silla.)

RAFAEL. Tio Manuel, tia Carlota, tio Nicanor con su mujer é hijos, y tú.

JULIO. (Cualquiera le dá ahora la noticia!)

RAFAEL. Que unidos á mi mujer, á mi suegra y á mí...

JULIO. Sí; forman una verdadera *menagerie*!

RAFAEL. Y tú... ¿cuándo te casas?

JULIO. Yo... cualquier dia. (Esta es la ocasion de decírselo.)

Precisamente la víspera de mi salida de París, me ha ocurrido un lance de esos que le dejan á uno escarmentado para toda la vida!

RAFAEL. Cómo! Algun desafío?

JULIO. No; la muerte de aquella pobre chica que me envió recomendada tio Manuel, para que entrara de bailarina en la grande Ópera.

RAFAEL. No sabía nada.

JULIO. Sí, hombre... sí; una costurerilla preciosa, que creyendo cierto cuanto el tio la dijo, sostuvo con él relaciones amorosas durante algun tiempo. En la creencia de que en París haría una gran fortuna como bailarina, se decidió á ir allá, y el tio, además de pagarla el viaje, me la recomendó eficazmente.

RAFAEL. Ya.

JULIO. Fuí á esperarla á la *garde*; me encontré con una chica encantadora, y desde aquel mismo dia sustituí al tio en su puesto de protector oficial. (Tomando otra postura exagerada.)

RAFAEL. Vamos; todo se queda en casa! Y... ha muerto ahora?

JULIO. Sí; por cierto que...

RAFAEL. Pues chico, te doy el pésame y la enhorabuena...

JULIO. Phí!... La enhorabuena. . hasta cierto punto; porque yo ahora... me encuentro, de resultas de su muerte, en una situacion de las más excepcionales del mundo. (Con gravedad.)

RAFAEL. Lo comprendo: el tio la queria mucho, y tú no te atreverás á darle la mala noticia...

JULIO. No, no es eso...

RAFAEL. Ya! Comprendo; las enfermedades cuestan mucho dinero... habrás tenido que dejar pagado el entierro... el médico...

JULIO. Justo! figúrate tú! (Nada; yo no se lo digo.)

RAFAEL. Pues no te apures, á rey muerto, rey púesto... y en cuanto á intereses, ya sabes... que mientras yo pueda...

JULIO. Gracias, ya lo sé. (Levantándose y dándole palmadas en la es.

palda.)

RAFAEL. Conque... hablemos de otra cosa.

JULIO. Sí, es lo mejor. Veo que tienes un despacho elegantísimo!

RAFAEL. Nada más que decente; ya irás viendo toda la casa, y de paso, tu habitación; un precioso gabinete en el piso segundo.

JULIO. Que me permitirá estar á gusto *at homme*. No es eso?

RAFAEL. Sí; eso debe ser.

JULIO. Nada, nada; vamos á pasar un verano delicioso. Ah! mira; mientras me traen el equipaje, haz el favor de prestarme alguna prenda para estar más fresco.

RAFAEL. Ahora mismo. Juan! (Llamando.) Voy á darte la americana mas fresca que tengo.

JULIO. Te lo agradeceré, porque aquí hace todavía un calor *etou fant!* (Sentándose en una butaca con las piernas por encima del brazo de aquella.)

RAFAEL. (Mirándole con extrañeza y riéndose.) Pero chico! Qué palabras! Qué posturas! Estás desconocido!

JULIO. Qué quieres? Hay que seguir las costumbres de la *hige-life!*

JUAN. (Desde el foro.) Llamaba usted?

RAFAEL. Sí; trae mi americana negra que está en la percha. (Juan váse por la puerta primera de la izquierda y vuelve al poco rato con la americana.) Oye! Creo que me estás estropeando esos libros. (A Julio, que ha colocado los pies sobre los libros de la silla.)

JULIO. Cá! No uso betun, es charolina.

RAFAEL. Ah! Es charolina? Entónces, continúa.

JUAN. (Saliendo.) Señorito, es esta?

RAFAEL. Sí. (Váse Juan por el foro.) Toma, (Dándole la americana á Julio.)

JULIO. Trae, un poco *fanè* está, pero en fin... (Mirando con desprecio la americana.)

RAFAEL. Chico! Si es de última!

JULIO. Me querrás decir á mí... esto no lo llevan ya en Paris más que los camareros... (Riéndose.)

RAFAEL. Pues hijo, no tengo otra!

JULIO. (Poniéndose la americana y metiendo en el bolsillo unos papeles que saca de la que tenía puesta.) No, si sirve; por lo ménos no dará calor. (Váse Juan por la segunda puerta de la izquierda.) Hombre, lo que vas á darme, son unos cuantos puros...

RAFAEL. Ya van quedando pocos... pero...

JULIO. Con catorce ó quince tengo bastante hasta que salga. Y esta noche saldremos juntos un rato... Eh?

RAFAEL. Bueno, pero volveremos temprano.

JULIO. Ya lo creo! Un hombre casado! Á las tres ó las cuatro, de *retour*!

RAFAEL. No, á las doce en casa.

JULIO. Bueno; tú te vienes á la hora que quieras. Pero ¿me presentas á tu mujer, ó no?

RAFAEL. Sí, es verdad; con la conversacion se me había olvidado .. (Llamando.) Juan!

ESCENA III.

DICHOS y JUAN.

JUAN. (Por la segunda puerta de la izquierda.) Llamaba usted?

RAFAEL. Sí, á la señorita que haga el favor de venir.

JUAN. Á la señorita Matilde?

RAFAEL. Sí, hombre; sí.

JUAN. No está en casa.

RAFAEL. Cómo! (Con extrañeza.)

JUAN. Salió hace ya bastante tiempo, cuando estaba usted acostado todavía.

RAFAEL. Qué salió? ¿Y no dejó ningun recado para mí?

JUAN. No señor, tomó un coche de alquiler que pasaba por la puerta, y yo, que bajé á acompañarla, oí que dijo al cochero: «Á la calle del Arenal.»

RAFAEL. (Qué es esto? Á la calle del Arenal?... Allí vive Carlos!... No puede ser.) (Preocupado.)

JUAN. Y por cierto que la señorita iba muy elegante.

- RAFAEL. Muy elegante á las nueve de la mañana? Bueno; dí á la señora que tenga la bondad de venir.
- JUAN. Á la mamá de la señorita?
- RAFAEL. Claro! (Impacientándose.)
- JUAN. Tampoco está. Esa salió más temprano, y al mismo tiempo llegó un criado con una carta urgente para la señorita: la señora me la quitó de las manos, y la entró en el cuarto de su hija.
- RAFAEL. (Una carta urgente para mi mujer!) (Con ira.) (Esto es inconcebible!)
- JULIO. (Que ha estado observando á Rafael.) Pero qué te pasa, chico?
- RAFAEL. (Disimulando su agitacion.) Á mí? Nada. Espera un momento. (Yo veré si en su cuarto...) (Váse por la primera puerta de la izquierda.)
- JULIO. (Á Juan con extrañeza.) Oye, Juan. Pero qué le sucede á mi hermano? Qué novedades hay? Cualquiera diría que está celoso.
- JUAN. Yo no sé nada, señorito; lo que sí nos ha chocado á la cocinera y á mí, es que cada uno de los amos tenga sus habitaciones distintas á los cuatro meses de matrimonio.
- JULIO. Sí, en España no es eso muy general. (Vuelve Rafael con el sobre de una carta en la mano, y con gran agitacion.)
- RAFAEL. (Esto es increíble! El sobre estaba al pié de su tocador... pero nada más que el sobre! Y la letra es de Carlos, que la conoció y bailó tanto con ella ántes de casarnos! Dios mio... No sé lo que me pasa! Calma.) (Queriendo disimular.)
- JULIO. (Y habla solo!) Rafael, te sucede algo grave?
- RAFAEL. (Con sonrisa forzada.) No, nada; qué tontería! (Será cierto? Habrá oído mal ese bruto?)
- JULIO. Vaya, iré á saludar á los tios. |
- RAFAEL. (Á Juan.) Guía al señorito. (Viendo aparecer á Manuel y Nicano por el foro de la derecha.) No; ya están aquí. Vete. (Váse Juan por el foro de la izquierda.)

ESCENA IV.

DICHOS, NICANOR y MANUEL, despues JUAN.

NICANOR. (Abrazando á Julio.) Hola! Buen mozo!

MAN. (Id.) Ya estamos aquí todos!

JULIO. *Bieni in mei brazia.* (Id.) ¿Y la tia?

NICANOR. Arriba la he dejado llorando; se empeñaba en que no habían de bajar los niños por miedo de que la hermana de éste les pegue las viruelas...

JULIO. Pero tiene viruelas tia Carlota?

MAN. No; es que ha habido algunos casos en Valladolid.

JULIO. Ah! Vamos... (Riéndose.)

NICANOR. Ya ves; he tenido que incomodarme...

MAN. (Á Julio.) Pero dime algo, hombre... Qué tal mi recomendada?

JULIO. Ah! Tenemos mucho que hablar! (Hablan en voz baja.)

NICANOR. (Á Rafael que está en una butaca abstraído.) Pero qué te pasa que estás ahí tan callado?

RAFAEL. Nada... tio...

NICANOR. Vamos, ya; lo mismo que á nosotros; no habrás podido pegar los ojos en toda la noche con ese demonio de chiquillo.

RAFAEL. (Con extrañeza.) Qué chiquillo?

NICANOR. Ese que hay arriba, encima de mi cuarto.

RAFAEL. Pero si no hay ninguno!

NICANOR. Vaya! Si no ha dejado de berrear ni un minuto.

RAFAEL. Tio... aprensiones de ustedes.

NICANOR. Qué aprensiones ni qué demonios?

RAFAEL. Pero si encima de ustedes no duermen más que Juan y los porteros...

NICANOR. ¿Y qué?

RAFAEL. Que ninguno tiene niños.

NICANOR. Pues los han tenido esta noche!

RAFAEL. Vaya; voy á convencer á usted. Juan! (Llamando.)

NICANOR. Verás, verás como tengo razon!

- MAN. (A Julio.) (Hombre! Qué desgracia! Una chica tan bonita!)
- JUAN. (Por el foro.) Llama usted, señorito?
- RAFAEL. Sí; dime, ¿quién ha estado arriba esta noche?
- JUAN. En mi cuarto? (Demonio!) Nadie más que yo.
- RAFAEL. (Á Nicanor.) Lo vé usted?
- NICANOR. No; no era éste el que lloraba; era un niño, tengo la seguridad.
- RAFAEL. Juan! no mientas. ¿Quién ha estado en tu cuarto?
- JUAN. (Sin saber qué decir y mirando á Julio.) Señorito... pues... yo...
- RAFAEL. Vamos... quién?
- JUAN. Un niño. (Julio hace señas á Juan para que calle, sin que le vean los demás.)
- RAFAEL. (Con extrañeza) Un niño?
- NICANOR. Lo ves, hombre?
- RAFAEL. Un niño? Pero de quién?
- JUAN. Señorito...
- RAFAEL. Vamos, pronto! De quién es ese niño?
- JUAN. (Con resolucion.) Míol
- RAFAEL. (Enfadado.) Tuyo? Esas tenemos? Y tienes el atrevimiento de decirlo?
- JUAN. Si me lo ha preguntado usted.
- RAFAEL. Tú tienes un niño y le has traído á mi casa? Desde mañana buscas otra donde servir.
- JUAN. Pero señorito...
- JULIO. (Á Rafael.) Hombre... no tomes así las cosas; eso le pasa á cualquiera!
- MAN. El qué?
- JULIO. Tener un hijo!
- MAN. Toma! Eso no tiene nada de particular!
- RAFAEL. Bueno; tendrán ustedes razon; pero yo no quiero tolar en mi casa ejemplos de inmoralidad.
- JULIO. (Y qué bago yo ahora!)
- RAFAEL. Hemos, acahado de hablar! (Á Juan.) Quitate de mi vista! (Váse Juan.)
- MAN. Chico! El diablo predicador!

- RAFAEL. (Bajando la voz.) No; yo no me asusto de nada! Pero no está bien que mi mujer... (Con ira.) (Oh! como tarde cinco minutos más, me voy á buscarla; yo no puedo estar en esta incertidumbrel)
- NICANOR. (Reparando en Rafael.) (Lo dicho; á éste le pasa algo; de fijo es que le ha salido mal algun negocio!) Oye, chico! Me quieres decir por qué tienes ocupada la sala de arriba con tanta porquería?...
- RAFAEL. Tíol Si son antigüedades! Unos bargeños preciosos... varias cornucopias...
- NICANOR. Nada, nada; trastos viejos que no hacen allí más que estorbarnos... (Hoy mismo buscaré yo un prendero y lo vendo todo.) Ea! Hasta luégo. (Váse por el foro de la derecha.)
- MAN. Abur!
- JULIO. *A pisi tardi!*
- MAN. Yo voy á ver si me arreglo un poco. (Á Julio.) Vente conmigo y seguiremos charlando.
- JULIO. Bueno. (Á Rafael.) Tú te vienes, ó te quedas?
- RAFAEL. Voy á arreglarme tambien para salir.
- JULIO. *Andiamo.* (Sale con Manuel por la segunda puerta de la izquierda.)
- RAFAEL. (En cinco minutos me planto allí! Yo le preguntaré á Cárlos qué es lo que ha tenido que escribir á mi mujer!) (Váse por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA VI.

MATILDE y DOÑA JOSEFA por el foro de la derecha. Aquella viste elegantísimo traje de paseo y sombrero.

- JOSEFA. (Continuando una conversacion.) Te digo que lo he oido yo!
- MAT. Pues dispénsame, pero no lo creo.
- JOSEFA. Ay! Hija mia, eres de lo más tonta que he visto!
- MAT. Pero en resumidas cuentas, ¿qué es lo que has oido?
- JOSEFA. Ya te lo he dicho; serían las tres de la mañana, cuando sentí pasos por el corredor... luégo oí abrir una

puerta, la de la cocina... y no te quepa duda, era él; porque ya ves tú si yo conocería los pasos de Rafael...

MAT. Siempre pensando mal de todo el mundo!

JOSEFA. No, es que como le han pasado á una tantas cosas, no se nos engaña tan fácilmente!

MAT. Pues á tí te han estado engañando toda la vida, y te has tenido que aguantar!

JOSEFA. Ah!... Me aguantaba entónces... pero lo que es ahora... verás cómo le digo yo dos palabritas.

MAT. Harás el favor de no meterte en nada! Qué gana de buscar disgustos!

JOSEFA. Bueno, me callaré, pero lo que es á ella, la planto hoy mismo en la calle.

MAT. Tampoco; la despediremo scquando yo sepa la verdad, y cuando tenga otra; porque en unos dias como estos no me quiero quedar sin cocinera.

JOSEFA. Bueno, bueno, hija... á tu gusto! Lo que es yo, no me he de meter en nada! Ah!... No vuelvas á dejar abierto el ropero, porque esta mañana me he encontrado lé llave puesta, y habrán cogido todo lo que les haya dado la gana.

MAT. Anoche me olvidé de cerrarle... pero no creo...

JOSEFA. Bien, hija... déjalo todo de par en par! Qué arreglo de casa!

MAT. Pues tambien á tí te hán quitado bastantes cosas...

JOSEFA. Sí; pero esas me las he dejado yo quitar, para experimentar á los criados.

MAT. Bueno, hablando de otra cosa: ¿qué te ha parecido el dibujo del retrato?

JOSEFA. Yo no he visto allí más que unas rayas negras.

MAT. Á mí me gusta como vá; pero ya he dicho á Carlos que no vuelvo hasta el sábado, porque si Rafael vé que salgo algunos dias seguidos...

JOSEFA. Y qué importa eso?

MAT. Además; no quiero que suceda lo que hoy; saldremos de aquí juntas para que no me hagas estarte esperando en *Las Colonias* más de media hora.

- JOSEFA. Me detuve un poco en la pescadería para encargar las lubinas...
- MAT. Y si Rafael me pregunta por mis continuas salidas!... qué le digo?
- JOSEFA. Se le dice... que vamos á compras... á paseo... á... cualquier parte...
- MAT. No lo creerá.
- JOSEFA. Sí, hija, los hombres lo creen todo; mira... le dices... que soy yo la que salgo y quiero que me acompañes.
- MAT. Eso es mejor. (Dirigiéndose á la izquierda.) Vaya, voy á quitarme todo esto.
- JOSEFA. (Id.) Yo tambien. Espera, creo que viene gente. (Aparecen en el foro, Dolores, la niña del acto anterior y otro niño más pequeño.)

ESCENA VII.

DICHOS, DOLORES y los NIÑOS.

- DOL. Muy buenos días!...
- JOSEFA. Señora... (Viendo á los niños.) Ay! Lo que viene aquí! Qué tal?
- MAT. Se ha descansado?
- DOL. Yo no he pegado los ojos en toda la noche: cuando fui á cerrar el balcon, entró un moscon negro y se paró á la vera de mí cama! Qué! si no es porque puse las botas del revés, no se marcha: y luego ese demonio de niño que hay encima de nuestro cuarto no ha dejado de llorar ni un minuto!
- MAT. ¿Un niño?
- DOL. Sí; el del criado; se lo ha dicho ahora él mismo á Nicanor.
- JOSEFA. Pero un niño de mi criado? Qué dice usted?
- MAT. Yo no sabía nada...
- JOSEFA. Ni yo. (Á Matilde.) (Un niño! hija mia; de seguro es algun lió!)
- DOL. (Á los niños que se suben por encima de los muebles.) Niños; estaros quietitos!

JOSEFA. Déjelos usted!

MAT. Que hagan lo que quieran.

DOL. Ay! me ponen más incomoda!...

MAT. (Ap.) (Mamá; dónde estará Rafael? Se habrá enfadado por mi salida?)

JOSEFA. (Á Matilde.) (Es preciso averiguar eso del niño.)

MAT. (Bueno, ya lo averiguaremos luégo.)

ESCENA VIII.

DICHOS, MANUEL y JULIO por la segunda puerta de la izquierda.

Julio con sombrero y baston y la americana ó chaqué con que empezó el acto.

MAN. Lo dicho; me están dando ganas de irme contigo. (Á Doña Josefa y Matilde.) Señoras... aquí tienen ustedes al hermano de Rafael: chico, la suegra y la mujer de tu hermano.

JULIO. Tengo muchísimo gusto...

JOSEFA. El gusto es nuestro.

MAN. (Viendo á Dolores y los niños.) Calle! Tú tambien por aquí y con tu prole?

JULIO. Tia Dolores! (Abrazándola.)

DOL. Hola, Julito!

MAN. (Besando á la niña de Dolores.) (Qué quince años vá á tener la chiquilla esta!) (Levantando en alto al niño.) Y tú? Granuja!

JOSEFA. (Á Julio.) Ha visto usted ya á Rafael?

JULIO. Si señora. Por cierto que hoy no está de muy buen humor; no sé qué mosca le habrá picado.

MAT. (Á Josefa.) (Lo ves?)

MAN. Y qué te parece tu cuñada?

JULIO. Superior á todos los elogios que me han hecho.

MAN. Mira qué ojos!! Qué cuerpo!! (Vánse los dos niños por el foro corriendo.)

MAT. Por Dios, tio!

MAN. Despues de todo, no es extraño; porque esta señora,

- (Por Doña Josefa.) ha debido ser guapísima; todavía...
- JOSEFA. Ah! Ya no; pero aunque yo no debía decirlo, cuando tenía la edad de mi Matilde, valía mucho más que ella! Como que no podía salir nunca sola!...
- MAN. Ya; ya se conoce.
- JULIO. (Todas dicen lo mismo!)
- JOSEFA. Mil gracias.
- MAN. (Á Julio.) (Con franqueza; qué te parece?)
- JULIO. (*Comme-ça commee-ça...*)
- MAN. (Con sal? Ya lo creo que tiene sal mi sobrina!)
- JOSEFA. Yo, con permiso de ustedes... voy á arreglar por ahí dentro unas cosillas....
- MAN. Si señora, no faltaba más!
- JULIO. Hasta ahora.
- JOSEFA. (Un niño... qué cosa tan rara!) (Váse por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA IX.

DICHOS menos JOSEFA, despues RAFAEL.

- DOL. Conque, qué tal por París, Julito?
- JULIO. Admirablemente, tia: aquel es el país del lujo, del placer y de las mujeres bonitas.
- MAT. Como que ya hemos decidido que me iré yo á pasar con éste una temporadita!
- NIÑA. (Por el foro.) Mamá! Paquito estaba jugando conmigo en la cocina y ha roto la botella del aceite.
- DOL. (Levantándose asustada.) Ay! Cristo del gran poder! Á esa chica por fuerza la han hecho mal de ojo!
- JULIO y MAN. Já! já! já!
- MAT. Señora, eso no es nada! vamos á ver...
- DOL. No, no se moleste usted, yo voy. (esús! qué desgracia irá á ocurrir?) (Váse con la niña por el foro izquierda.)
- MAN. (Á Julio y señalando á Dolores.) (Ahí tienes tú una mujer que si no fuera por sus rarezas todavía valdría algo.)
- JULIO. (Jesús!) Vaya, tío; yo salgo á hacer unos encargos y y vuelvo en seguida. Adios, Matildita.

- MAT. Pero no tarde usted, eh?
- MAN. Le hablas de usted á tu cuñado?
- JULIO. No es extraño, la falta de costumbre... *Adio!*
- MAT. Hasta luégo. (Vánse, Julio por el foro derecha y Manuel por el foro izquierda. Rafael por la segunda puerta de la izquierda.)
- RAFAEL. (Ah! Ya está aquí!) Hola, qué tal el paseo?
- MAT. Hemos ido á comprar unas cosas á la calle de Carretas.
- RAFAEL. Hemos ido? ¿Quién?
- MAT. Mamá y yo.
- RAFAEL. Pues no has salido tú sola?
- MAT. Pero mamá que salió ántes que yo, me esperaba en *Las Colonias*.
- RAFAEL. Calle del Arenal? (Con intencion.)
- MAT. Justamente!
- RAFAEL. Y... nada más?...
- MAT. Nada mas.
- RAFAEL. Y... qué cosas son las que has comprado?
- MAT. Te diré... Pastas... licores para el café... quesos...
- RAFAEL. Y para eso has salido con ese traje á las nueve de la mañana?
- MAT. (Torpe de mí!) No me le había probado todavía, y he pasado por casa de la modista para que me le viera puesto, y corrigiera algo la espalda.
- RAFAEL. Pues yo creí que eran las modistas las que venían á ver los vestidos á casa de las señoras.
- MAT. Es segun... Y tú vás á salir?
- RAFAEL. Sí; tenía tambien que ver á mi sastre, y pasarme por casa de Cárlos. (Con intencion.)
- MAT. Por casa de Cárlos ¿para qué? (Con rapidez.)
- RAFAEL. (Se ha turbado; que es esto!) He creído ver entrar esta mañana, en casa, desde el balcon de mi cuarto, á su criado, y como no me han dado aviso ni carta suya quiero saber qué recado ha traído. (Con fingida indiferencia y observando á Matilde.)
- MAT. (Disimulando.) Al criado de Cárlos? Aprension tuya. Sería algun otro...

- RAFAEL. Qué sabes tú? Y por qué te ocupas en semejante asunto?
- MAT. Yo no... (Dios mio, lo vá á descubrir!)
- RAFAEL. (No hay duda; está confusa! Aquí pasa algo!) Tenemos que hablar despacio, y de cosas graves.
- MAT. Como quieras. (Vuelven por el foro Dolores y los dos niños; detrás Manuel riéndose á carcajadas. Matilde y Rafael se separan al verlos.)
- DOL. Vamos; gracias á Dios, ya no puede suceder nada.
- MAN. Já! já! já! Pero al demomio se le ocurre... Hubierais sido felices, viendo tirar á esta un vaso de agua por el balcon, por haberse vertido el aceite!!...
- MAT. Pues habrá usted puesto bueno al que pasará por debajo!
- MAN. (Riendo todavía.) Figúrate tú!! (Los niños juegan por encima de los muebles y lo revuelven todo.)

ESCENA X.

DICHOS NICANOR, y luego JOSEFA.

- NICANOR. (Que entra por el foro con toda la ropa mojada y sacudiendo el sombrero.) Pero hombre! Quién ha tenido la ocurrencia de echar agua por el balcon? Me han puesto como una sopa!
- MAT. Jesús!
- MAN. Já! já! já!
- DOL. Ay! Hijo mio; sube á mudarte en seguida!
- NICANOR. (Con misterio.) Aguarda un momento, porque me está esperando el prendero en el recibimiento.
- MAN. El prendero?
- NICANOR. Sí; un gran negocio, las antigüedades de éste; (Por Rafael.) pero no digas nada á ver si le podemos sacar algo más. (Váse por el foro de la derecha.)
- MAT. (Reparando en Rafael que está sentado y con la cabeza entre las manos.) (Dudará de mí!)
- MAN. (Á Rafael.) Pero chico; qué te pasa? estás enfadado? Pues mira. . si es conmigo... lo dices y...

RAFAEL. No tío; no tengo nada.

DOL. (Viendo á los niños que han metido los dedos en el tintero y se han llenado la cara de motas negras.) Ay!! San Roque de mi alma!! Lo veis? Ya sabía yo que el aceite...

TODOS. Pero qué pasa?

DOL. Mirar!! Todos los niños con viruelas!!

MAN. Hombre! Es verdad! Y de las más negras!

RAFAEL. (Reparando en los niños.) Pero señora; no vé usted que es tinta?

DOL. (Acercándose á los niños.) Es verdad; pues mira, se parece mucho á las viruelas! (Dolores se sienta á la derecha, con los niños al lado, y les limpia con el pañuelo las manchas de tinta: Manuel y Rafael cercade ellos, y vueltos de espaldas á la izquierda, donde hablan Matilde y Josefa.)

JOSEFA. (Rápidamente por la segunda puerta de la izquierda y con unos papeles en la mano) Ah! Lo ves? Lo ves? No te decía yo? Ya lo he descubierto todo!

MAT. El qué?

JOSEFA. Lo del niño! Sabes de quién es ese chico que dicen que es de Juan?

MAT. De quién?

JOSEFA. De tu marido!

MAT. Mamá! Qué dices?...

JOSEFA. (Enseñándole los papeles y el retrato.) Mira; lo que acabo de encontrarme en su americana!

MAT. (Cayendo desmayada.) Jesús!!

JOSEFA. Ay!!!

RAFAEL. (Volviéndose al oír el grito.) Qué es eso?

MAN. (Id.) Qué pasa?

JOSEFA. (Á Rafael, y ocultando los papeles.) Nada. Quítese usted de mi vista. Infame!!

RAFAEL. Señora... (Manuel echa aire á Matilde con los faldones de la levita.)

JOSEFA. Engañar así á mi hija!! Matarla á disgustos!!

MAN. Hombre! Á una chica tan bonita!! (Dolores pasa al lado de Matilde.)

RAFAEL. (Á Josefa.) Mas valia que no fuese usted cómplice de sus

salidas inesplicables!

JOSEFA. Cómplice yo? Usted sí que es un vil! un miserable!!

RAFAEL. Señora... esas palabras...

JOSEFA. Mal marido!! Mal padre!! Asesino!!!

RAFAEL. (Esto no se puede sufrir!!) (Váse por el foro.)

DOL. Socorro!!

JOSEFA. Pronto! agua!

MAN. Jesús! Jesús! (Poniéndose las manos en la cabeza.)

DOL. Apretadla el dedo de corazon!

JOSEFA. Sinapismos!! (Entra Juan con un vaso de agua.)

MAN. Yo la aflojaré el corsé. (Todos rodean á Matilde.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

DÓLORES enfriando con la cucharilla una taza de agua caliente. MANUEL por la segunda puerta de la izquierda.

MAN. Hola! ¿Como sigue mi sobrina?

DOL. Mejor; ahora se vá á levantar; pero voy ántes á darle esta tacita de matalauva.

MAN. Eso debe ser muy bueno para la borrachera. ¿Y su madre?

DOL. Hace un momento que se ha ido á acostar: porque como nos hemos pasado la noche en vela...

MAN. Pero hombre! Quién había de figurarse una cosa así en Rafael, cuando ya creíamos todos que había sentado la cabeza?

DOL. Cállate por Dios! Si no sé como no se le han caido los palos del sombrero! Todos sois igual.

MAN. Mira; anda; eso ya debe estar frio, y tú debes tambien descansar.

DOL. No; yo ya no me acuesto, me he puesto mas nerviosa del susto!... (Váse por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA II.

MANUEL y JULIO por la puerta primera de la derecha.

- JULIO. *Bon giorno*; tío, estaba buscando á usted. (Con misterio.)
- MAN. Qué! Ocorre algo?
- JULIO. (Mirando á todos lados con desconfianza.) Sí; tenemos que hablar reservadamente.
- MAN. Pues nunca mejor que ahora: Rafael no se ha levantado aún; su suegra acaba de acostarse y Dolores está acompañando á Matilde.
- JULIO. ¿Y como sigue?
- MAN. Ya está bien; lo de siempre: «Que me dá»... unos cuantos gestos... y «Dónde estoy»?
- JULIO. Sí; pero un accidente de tres cuartos de hora...
- MAN. Hombre, la cosa no fué para ménos.
- JULIO. (Con misterio.) Pues oígame usted ántes que venga gente!
- MAN. Escucho! (Toda la escena á media voz.)
- JULIO. Se trata de un secreto y de un inmenso favor que espero alcanzar de usted.
- MAN. Veamos.
- JULIO. Pero ántes, júrome usted no decir una palabra...
- MAN. Bien; lo juro.
- JULIO. Ese niño, cuyo origen achacan todos á Rafael, no es suyo.
- MAN. Ya me había yo figurado que sería alguna calaverada del criado.
- JULIO. Tampoco. Ese niño es mio!
- MAN. Qué barbaridad! (Asombrado.)
- JULIO. Como usted lo oye. El día ántes de emprender mi viaje, encontré sobre la mesa de mi cuarto una carta en la que se me daba parte de que Luisa estaba espirando; el efecto que me causó tan triste noticia, fué tal, que tomé un coche, me dirigí á la casa en cuestion para despedirme de la que tanto había querido, y ésta, en medio de su agonía, me rogó con los ojos lle-

nos de lágrimas que no dejase morir de hambre ó de miseria á nuestro hijo. Un momento más tarde, *una belle maitrese* espiraba en mis brazos.

MAN. ¡Dios la haya perdonado! (Conmovido.)

JULIO. Qué habia yo de hacer? Dejé pagadas las medicinas, el médico y el entierro; busqué ama para el niño, cogí á los dos y me los traje conmigo instalándolos en la habitacion de nuestro antiguo criado con la esperanza de que Rafael perdonára mi extravío, y admitiera con el tiempo al niño en su casa.

MAN. Esperar era! Pero despues de lo ocurrido ayer, despues del escándalo que se ha armado, ¿quién le dice una palabra?

JULIO. Claro!

MAN. Y esa carta y ese retrato?

JULIO. Sin duda los dejé yo olvidados ayer en la americana de Rafael al cambiar de ropa. El retrato es de ella, y la carta es la que me incluyó en la de su amiga; pero por fortuna ninguna de las dos cosas contiene mi nombre!

MAN. Ya! De modo que lo que tú deseas es que yo interceda para que Rafael...

JULIO. No señor; lo que quiero es que diga usted... que el niño es suyo.

MAN. De Rafael?

JULIO. No señor, de V.

MAN. Caracoles!!!

JULIO. Usted al fin y al cabo es libre para hacer lo que le dé la gana: con usted no se atreverán; mientras que yo tengo la conviccion de ser arrojado de esta casa con mi hijo para no volverla á pisar nunca, si llegara á saber mi hermano...

MAN. Pero chico! Tú estás loco? Cómo voy yo á decir...

JULIO. En primer lugar, por hacerme á mí un favor; y despues porque...

MAN. Pero hombre, ven aquí; estás seguro de ser tú el padre de la criatura?

- JULIO. Yo? Seguro? Indudablemente!
- MAN. Mira que esas cosas son siempre discutibles.
- JULIO. Bien; pues por lo mismo; qué inconveniente tiene usted en decir que es suyo el niño?
- MAN. Un demonio!! Para que toda la familia me ponga de vuelta y media y formen de mí una opinion... Nada, chico, lo siento mucho, pero es un favor demasiado gordo.
- JULIO. Pues yo no digo que es mio, y no es justo que el pobre Juan pague las culpas ajenas.
- MAN. Eso es verdad: pero tampoco es justo que las pague yo!
- JULIO. (Despues de una pausa.) ¿Á quién le echariamos el muerto?
- MAN. Échasele tú á quien quieras.
- JULIO. Como no digamos que es de tio Nicanor...
- MAN. ¡¡Ave María Purísima!!
- JULIO. Él tiene ya cinco, de manera que lo mismo le dá uno más.
- MAN. Pero hay que buscar pruebas, porque él negará de seguro...
- JULIO. Naturalmente. Aquí no se trata más que de ganar tiempo: cuando todo esté en paz, ya se aclarará el asunto.
- MAN. Menos mal. (Ocurriéndosole una idea.)
- JULIO. Y habiendo estado el tio largas temporadas en Madrid, tampoco puede él jurar que ese chico no es suyo!
- MAN. Sí; tú le quieres encajar el chico á todo bicho viviente; pero ¿y el retrato, y la carta?
- JULIO. La casualidad me salva; esa americana fué la que le dió Doña Josefa á Nicanor para que se la pusiera mientras limpiaba Juan su ropa!
- MAN. (Transicion.) Bueno. Eso sí; ten la seguridad de que su mujer le mata.
- JULIO. No; tia Dolores es una bendita de Dios.
- MAN. Y en último caso...
- JULIO. (Con rapidez.) (Silencio! Viene gente.) (Aparece Juan en la primera puerta de la derecha)

ESCENA III.

DICHOS, JUAN vestido como para salir á la calle.

MAN. (Viéndolo.) Ah! es Juan; llega á tiempo.

JUAN. (Con misterio á Julio.) Señorito... ¿podría usted oír dos palabras?

JULIO. Sí; pero habla con franqueza; delante del tío no importa...

JUAN. Pues... venía á decir á usted que me voy... y que ahí queda eso.

JULIO. No; si nos prometes hacer lo que te digamos, te doy mi palabra de que no te vas de casa.

JUAN. El señorito me despidió ayer.

MAN. No importa; ¿prometes hacer cuanto se te diga?

JUAN. Sí señor.

JULIO. Pues bien; lo que se exige de tí es que digas que ese niño es de don Nicanor.

JUAN. Señorito; pero si ya he dicho...

JULIO. Nada; el ama y el niño han venido anteanoche; ella preguntó por don Nicanor, y te dijo que él era el padre... encargándote el secreto.

MAN. Te has enterado?

JUAN. Perfectamente.

JULIO. (Dándole dinero.) Pues toma y cumple bien el encargo, porque de ese modo nos salvas á todos y te salvas tú.

JUAN. Si usted responde, pierdan ustedes cuidado. (Váse por la segunda puerta de la derecha.)

MAN. Menudo lío se vá á armar.

JULIO. *Après moi, le déluge.* (Váanse por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA IV.

RAFAEL, despues CÁRLOS.

RAFAEL. (Saliendo por la segunda puerta de la izquierda y sentándose en

una butaca.) Parece que todos descansan; todos ménos yo, que no he pegado los ojos en toda la noche; los insultos de mi suegra; el accidente de mi mujer; la desdichada venta que ha hecho de mis antiguèdades tio Nicanor... y por último... la carta de Cárlos! todo se ha reunido para hacerme perder esa tranquilidad, esa envidiable paz que he estado disfrutando hasta ahora! (Levantándose.) Yo no puedo vivir así; necesito que esta incertidumbre termine cuanto ántes! (Reflexionando.) Pero qué ocurriría ayer para motivar tan incomprensible escena? Ah!... yo averiguaré... Hoy mismo voy á casa de Cárlos, de ese falso amigo.

JUAN. (Desde la primera puerta de la derecha.) El señor de Alvarez?

RAFAEL. (Cómo! Él aquí! Me alegro.) Que pase. (Váse Juan) (No sé si tendré valor para contenermel)

CARLOS. (Por la primera puerta de la derecha.) Hola, chico, ¿qué tal?

RAFAEL. (Con sequedad.) Bien.

CARLOS. Parece que tienes mala cara.

RAFAEL. Puede.

CARLOS. Vamos; estás de mal humor, ¿eh?

RAFAEL. No... como siempre.

CARLOS. Y Matilde?

RAFAEL. (Conteniéndose.) Bien... digo mal; anoche le dió un accidente...

CARLOS. Cómo! Ha tenido... algun disgusto!...

RAFAEL. Quizás. (Con marcada intencion.) Se conoce que no le hizo muy buen efecto una carta que recibió por la mañana, y cuyo sobre tengo la curiosidad de guardar...

CARLOS. Vamos; eres celoso: pues te has divertido, ya te decia yo que el matrimonio...

RAFAEL. (Exaltándose poco á poco.) El matrimonio es la única felicidad de la vida, cuando no hay amigos... cariñosos... que roben al marido su alegría y su honra! cuando no se tiene una mujer de tan poca dignidad...

CARLOS. Vamos, vamos, cálmate, porque veo que estás exaltado, y los dedos se te figuran huéspedes.

RAFAEL. No; tengo la conviccion de que mi mujer me engaña;

pero juro por mi nombre que ella y él...

CARLOS. Ah! sabes quién es él?

RAFAEL. (Con ira.) (No he visto mayor descarol!)

CARLOS. Entónces nada más sencillo: 'si tienes pruebas, vas á su casa... le desafías.

RAFAEL. (Conteniéndose apenas.) Eso pensaba hacer; pero ha teniendo la audacia de evitarme esa molestia, presentándose en mi casa á recibir su justo castigo!

CARLOS. Hombre, eso sí que es raro! (Riéndose.) ¿Y cómo has sabido quién es?

RAFAEL. (Sacando del bolsillo un papel muy arrugado.) Me lo ha declarado este sobre que no abandono desde ayer ni un solo momento.

CARLOS. Ya; conoces la letra?

RAFAEL. Mucho! Y tú tambien, mira!! (Desarrugando el sobre y enseñándosele á Carlos.)

CARLOS. (Con sorpresa.) Qué veo? Mi carta! Chico!! Já! já! já!

RAFAEL. (Guardando el sobre.) Poco me importa que quieras echarlo á broma: creo inútil decirte lo que nos resta que hacer.

CARLOS. Chico... francamente... siento que lo hayas descubierto... pero la cosa no es para tanto.

RAFAEL. (Indignado.) Que no és para tanto? Mira... basta de burla, ó me obligarás á no esperar hasta mañana...

CARLOS. Hombre... yo pensaba hacerte así un obsequio...

RAFAEL. Cómo?

CARLOS. Otro cualquiera, en tu caso, me daría las gracias.

RAFAEL. (¿Pero qué dice esto hombre?) (Con rapidez á Carlos al ver á Matilde.) (Silencio! Ella!)

CARLOS. Hombre, me alegro!

ESCENA V.

DICHOS y MATILDE por la primera puerta de la izquierda

MAT. (Oh!)

RAFAEL. Levantada tan pronto... (Con ironía.) Se conoce que sabías que Carlos había de venir á casa.

- MAT. No me extraña su venida viendo que yo no iba...
- RAFAEL. (¡Pero esto es el colmo del descarol!)
- CARLOS. Señora, su esposo de usted lo sabe todo; pero en vez de agradecer nuestro buen deseo, me le he encontrado hecho una furia, y me ha desafiado! Por tanto, usted puede, si gusta, darle las explicaciones que crea necesarias. Á los piés de usted.
- RAFAEL. Cárlos!
- CARLOS. Adios, chico; convengamos en que los locos debían estar siempre encerrados. (Váse Cárlos por la primera puerta de la derecha despues de saludar respetuosamente á Matilde.)

ESCENA VI.

MATILDE y RAFAEL.

- RAFAEL. Qué puedes decir ahora en tu defensa; habla?
- MAT. Nada; porque no tienes de que acusarme. Si tú, al descubrir nuestro secreto, has hecho alguna indigna suposicion, toda clase de explicaciones me rebajarían.
- RAFAEL. Matilde...
- MAT. Mas valía que en vez de acusar á nadie, te defendieras tú.
- RAFAEL. Yo? (Con extrañeza.)
- MAT. Sí; por muy bien que se oculten las cosas, siempre se descubre la verdad: si en vez de dar lugar al horrible disgusto que he tenido anoche hubieras sido franco conmigo ántes de casarnos, quizás yo te hubiese perdonado, compadeciendo á esa pobre criatura y ~~admitiéndola á mi lado.~~ *amparar del*
- RAFAEL. Qué nueva invencion es esa? ¿Una criatura?
- MAT. Sí; no finjas, porque lo sé todo.
- RAFAEL. Pero qué es lo que sabes?
- MAT. Ah! ¿quieres oirlo de mi boca? pues bien; sé que tienes un hijo; y que ha llegado tu descaró hasta á traerle á esta casa.
- RAFAEL. (Asombrado.) Yo? Un hijo?... Tú estás loca!

- MAT. No; desgraciadamente no soy sola la que lo sabe; es todo el mundo, puesto que tu tia Dolores fué la primera que nos dió la noticia á mi madre y á mí.
- RAFAEL. La noticia? Un hijo?
- MAT. Justo; el que ha pasado toda la noche anterior en el cuarto de Juan.
- RAFAEL. Ah! (Dándose una palmada en la frente.) Ya caigo! Pero Matilde... ¿has podido suponer?
- MAT. Por desgracia no son suposiciones, sino realidades. *certura*
- RAFAEL. ¡Á que todavía voy yo á ser el culpable!) (Con sinceridad.) Yo te doy mi palabra de honor de que ese niño no es mio.
- MAT. Sí, ya me figuro la historia; será de algun amigo tuyo... y tú... por evitar que sus padres se enteren...
- RAFAEL. No, yo te juro por lo más sagrado que hay para mí en el mundo, por mi madre, que ese niño es de Juan; me lo ha confesado ayer, y yo le he despedido de casa.
- MAT. Pues si tanto te ha indignado su confesion, ¿para qué guardabas en tu bolsillos esos papeles?
- RAFAEL. Yo? En mi bolsillo?
- MAT. Sí, en el de la americana negra.
- RAFAEL. Pero, qué papeles?
- MAT. La carta y el retrato de una mujer que debe ser la madre de esa pobre criatura.
- RAFAEL. Pero si yo no he tenido nunca semejantes papeles!
- MAT. No finjas, porque mi misma madre las ha encontrado allí.
- RAFAEL. Tu madre? (Yo voy á volverme loco! Habrá tenido ese infame la osadía?... Pronto vamos á saber la verdad.) Juan! Juan! (Llamando.)
- MAT. Para qué le llamas?
- RAFAEL. Para que confiese delante de tí...

ESCENA VII.

DICHOS y JUAN, luego DOLORES.

JUAN. (Por la primera puerta de la derecha.) ¿Ha llamado usted?

RAFAEL. Sí, ¿para qué has cogido tú mi americana negra?

JUAN. Yo no la he tocado, señorito.

RAFAEL. No mientas, porque es inútil; lo he descubierto todo.

JUAN. Yo le juro á usted...

RAFAEL. Entónces, ¿quién ha metido en el bolsillo una carta y un retrato?

JUAN. Yo no sé; como no sea el señorito Julio que la tuvo ayer puesta.

RAFAEL. (Ah! Qué idea! Pero no es posible... mi hermano... yo voy á matarle!) Está en casa el señorito Julio?

JUAN. Si señor.

RAFAEL. Díle que venga inmediatamente! Pero ántes, ven aquí (Cogiéndole de la mano y bajándole al proscenio.) Vas á confesar delante de la señorita; de quién es ese niño que ha estado anteanoche en tu cuarto.

JUAN. Señorito...

RAFAEL. Nada, la verdad; no temas.

JUAN. Pues... de su tío de usted.

MAT. (Con ironía.) Ves? Qué casualidad!

RAFAEL. (Sorprendido.) Cómo! De mi tío?

JUAN. Sí, señorito; de don Nicanor.

MAT. (Á Juan.) Vamos, veo que no has aprendido bien la lección.

RAFAEL. Matilde... yo te juro... (Dirigiéndose furioso á Juan.) Pero no me dijiste ayer que era tuyo?

JUAN. Si señor... lo dije... porque me habían encargado el secreto...

RAFAEL. (Vamos... yo no sé lo que me pasa!) Corre! Que vengán mis tíos... mi hermano... todo el mundo! Yo necesito aclarar esto, y convencerte de que aquí la única culpable eres tú. (Váse Juan.)

MAT. Lo que es hasta ahora, no te favorecen las declaraciones.

D.J.L. (Saliendo de la primera puerta de la izquierda.) Vamos; ya está arreglado el cuarto.

MAT. (Yendo á su encuentro.) ¿Por qué no ha dejado usted que lo arreglen los criados?

- DOL. Calla, por Dios, hija! Si tengo yo muchísimo gusto en hacerlo!...
- MAT. Ahora lo que debe usted hacer es acostarse, porque despues de una noche tan mala...
- RAFAEL. Pero ¿no se ha acostado usted esta noche?
- DOL. Qué! Si la hemos pasado velando á Matilde; tú no sabes lo mala que se puso. ¡Ay! yo creí que se moría!... si no es porque se me ocurrió á mi encenderle la mariposa á San Cayetano, padre de la Providencia...
- MAT. (Á Rafael.) (Es preciso que se vaya, porque puede bajar su marido y enterarse.)
- RAFAEL. (Á Matilde.) (Mejor! Que lo oiga! Que sepan todos la verdad!!)
- DOL. Lo que sí voy á hacer es subir á ver á los niños y vuelvo en seguida, eh?
- MAT. Sí; vaya usted y procure descansar hasta la hora de comer.

ESCENA VIII.

DICHOS, NICANOR, MANUEL y JULIO por la primera puerta de la derecha.

- NICANOR. Hombre, qué ocurre?
- MAN. Conciliábulo de familia!
- JULIO. *Me-voi-lá!*
- RAFAEL. He llamado á ustedes para que me ayuden á descubrir un misterio que puede dar motivo á graves disgustos en la familia.
- MAN. Hombre!
- NICANOR. Cuál?
- JULIO. (*Ecco il bambino!*)
- MAT. (Á Rafael.) (Pero delante de tia Dolores!...)
- RAFAEL. (Déjame!) Se trata de saber quién es el padre de ese niño que no les ha dejado á ustedes dormir antes de anoche, y que ahora resulta no ser hijo de mi criado.

- NICANOR. Chico, yo no sé...
- JULIO. Ní yo...
- MAN. (Á Nicanor.) (Dí que es tuyo.)
- NICANOR. (Asombrado.) (Qué!)
- JULIO. (Con rapidez á Manuel.) (Tenga usted aplomo.)
- MAN. (Lo mismo.) (No hay miedo.)
- DCL. Pues hijo, lo que es nosotros no sabemos...
- RAFAEL. Yo ruego á ustedes que me digan cuanto sepan para que entre todos descubramos la verdad.
- JULIO. (¡No lo quiera Dios!)
- MAN. (Valor.) Pues chico, ya que ese asunto puede acarrearle tan graves disgustos, ya que estamos en familia...
- JULIO. (Con rapidez á Manuel.) (Qué está ahí tia Dolores!)
- MAN. (Diantre! Es verdad!) (Á Dolores, despues de escuchar un momento.) Oye, tú; me parece que está llorando alguno de tus hijos.
- DOL. (Yéndose por la primera puerta de la derecha.) Ay! voy á ver... ¡Si son de la piel del demonio!
- MAT. (Viendo irse á Dolores.) (Ya estoy tranquila!)
- MAN. Pues como iba diciendo; ya que estamos en familia, voy á decir la verdad.
- RAFAEL. Eso deseo. (Todos rodean á Manuel.)
- NICANOR. Veamos.
- MAT. Pero usted sabe...
- MAN. Chist!... Señores; la verdad ante todo; ese niño es... de Nicanor.
- NICANOR. Qué?
- RAFAEL. Pero tío!
- MAT. (Será cierto?)
- NICANOR. Sabes que tienes unas bromitas!... (Á Manuel.)
- MAN. (Con solemnidad.) No, si no es broma; se trata de un asunto sério...
- RAFAEL. (Á Matilde.) Ya lo oyes! (Á Nicanor.) Conque ese niño es de usted?
- NICANOR. Qué ha de ser mio! Hombre, qué ha de ser mio!
- MAN. Calla, desgraciado! Negarás que ese es el fruto de tus

locos devaneos?

NICANOR. ¡Jesús! ¡Qué atrocidad!

JULIO. Tío Nicanor... ¿Quién había de creer!...

NICANOR. Pero señores...

MAN. Es inútil que niegues, porque todas las pruebas te acusan.

NICANOR. Poco á poco!

MAN. El ama que ha traído al niño, vino preguntando por tí y diciendo que la desgraciada madre había encargado ántes de morir que se te buscara por todas partes.

RAFAEL. Sobre todo, una circunstancia hay que nos aclarará bien pronto la verdad, y en la cual no me había yo fijado hasta ahora. En el bolsillo de mi americana negra han sido hallados un retrato de mujer y una carta para el padre de la criatura; veamos á quién vá dirigida esa carta.

NICANOR. Justo.

MAN. Veamos.

JULIO. (Me salvé!)

MAT. (Sacando la carta y enseñándosola á Rafael.) Es inútil, esa carta no compromete á nadie, puesto que no contiene nombre alguno. Aquí está.

MAN. Veamos.

NICANOR y JULIO. Á ver...

RAFAEL. (Leyendo.) «Vida mia.» Es verdad, no se saca nada en limpio.

NICANOR. Pero hombre... si hay cosas que no necesitan demostracion.

RAFAEL. Otro detalle: ¿quién ha metido esos papeles en el bolsillo de mi americana?

MAN. (Á Nicanor.) Claro! Tú cuando la tuviste puesta ántes de anoche.

NICANOR. Ea, basta; yo te juro que ni ese chico es mio, ni le he visto en mi vida!

RAFAEL. Bien, pero las pruebas...

MAN. Nada, nada; ese chico es tuyo!

RAFAEL. De usted!

JULIO. De usted!

NICANOR. Bueno, pues es mio, ¿y qué? (Con resolucion.)

DOL. (Que ha aparecido un momento ántes en la primera puerta de la derecha.) ¡Jesús!

NICANOR. (¡Mi mujer; no me faltaba más que esto!)

JULIO. (Buena la hemos hecho!)

RAFAEL. (Á Matilde.) (¿Te has convencido ya?)

MAT. (No del todo!)

DOL. (Á Nicanor.) Qué ese niño es tuyo? ¿Y qué niño es ese?

NICANOR. No, hija; no. (Pero señor, ¿por qué me han metido á mí en este lío?)

DOL. Vamos, parece mentira que te haya hecho nadie caso con esa cara tan fea! Por supuesto, no creas que me coge de susto, porque siempre que me han echado las cartas te ha salido una criatura.

NICANOR. (Dirigiéndose á la primera puerta de la derecha.) Vaya, bueno; pues que ustedes se alivien y hasta otro dia!

DOL. (Siguiéndole.) ¿Ahora me vas tú á decir á mí, de dónde te ha venido el niño ese?

RAFAEL. Pero tío!

MAT. Oiga usted!

NICANOR. Vayan ustedes á divertirse con un mono.

DOL. Hasta despues. (Pausa.)

MAN. (Á Rafael.) Ya estarás satisfecho.

JULIO. Ya sabes la verdad.

RAFAEL. Gracias. Ahora venid, os necesito, quiero que seais padrinos de un duelo que tengo pendiente para mañana.

JULIO. Hombre!

MAN. Un duelo!

RAFAEL. (Silencio, venid.) (Váanse los tres por la segunda puerta de la izquierda.)

MAT. (Cómo podría yo evitarlo? Pero en qué se funda para dudar de mí?)

ESCENA IX.

MATILDE y DOÑA JOSEFA.

JOSEFA. (Por la primera puerta de la izquierda.) Hola, hija mía, ¿cómo sigues?

MAT. Ya estoy bien, mamá.

JOSEFA. No, no estás bien: porque tienes todavía una cara de cadáver, y todo por ese infame que te vá á quitar la vida en cuatro dias!

MAT. Bueno, mamá; ya no hay que hablar más de eso!

JOSEFA. Cómo que no? Crees que puedo yo vivir tranquila viendo lo que veo! De ningun modo; yo no, debo ni quiero tolerar esto! En cuanto estés buena nos vamos las dos á cualquier parte.

MAT. Tranquilízate, ahora lo que hace falta es evitar que mañana se verifique el desafío que tienen pendiente Rafael y Cárlos.

JOSEFA. Será un desafío de pega, una paparrucha inventada por los dos para que creas que te quiere.

MAT. No; hace un momento ha estado aquí Cárlos; y Rafael, que sin duda estaba celoso por mis salidas, pues no encuentro otra razon de sus sospechas, le ha insultado de un modo atroz!

JOSEFA. Mejor; déjales, que se maten: ¡no tendrás tú esa suerte!

MAT. Por Dios! mamá...

JOSEFA. Mira, le aborrezco; le tengo un ódio mortal!!

MAT. Pues ya no hay motivo, porque acabo de saber que ese niño no es suyo, sino de tio Nicanor.

JOSEFA. Claro! Ya lo habrán arreglado ellos á su gusto para hacernos creer que es un bendito... un inocente!... pero como yo tengo mucho mundo... Y luégo no contento con traernos á casa ese maldito chiquillo, le echa el muerto á su tio! Vé ayer que te dá un accidente horroroso, y se marcha á la calle!

MAT. Mamá...

JOSEFA. Esto no puede seguir así! Hoy mismo, hoy salimos las dos de casa ó salgo yo sola!

MAT. Pero si puede que...

JOSEFA. Nada, nada; yo no quiero presenciar estas escenas; no quiero ser testigo de tu muerte... ó de la suya!... porque yo me conozco y sé que el mejor dia... le mato!! Infame!!... Pillo!!

MAT. La verdad es que todo esto sucede desde que está aquí su familia; porque ántes no era así.

JOSEFA. Lo mismo son ellos que él; uno le pide dinero... otro le lleva por las noches... sabe Dios á dónde... otro le arruina con sus negocios... y todos le vuelven á su antigua vida de crápula y de libertinaje!

MAT. No... no tanto.

JOSEFA. Pues qué más quieres que haga? Ya no falta más que nos eche de casa, ó nos pegue... pero lo que es eso...

MAT. Calla; creo que viene gente.

JOSEFA. Ojalá sea él! Yo necesito desahogarme!

MAT. Mamá... por Dios!

JOSEFA. Déjame en paz! (Entra Rafael por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA X.

DICHOS y RAFAEL.

RAFAEL. Ya creo que debes estar satisfecha; ahora me toca á mí saber la verdad respecto á tu conducta.

MAT. Rafael... (Con dignidad.)

JOSEFA. Más valía que en vez de pedir cuentas, arreglase usted las suyas y malgastase ménos.

RAFAEL. Señora; yo no malgasto nada!

MAT. Mamá...

JOSEFA. Me querrá usted hacer creer que las queridas y los hijos se tienen gratis?

RAFAEL. Ya he dado las satisfacciones necesarias á su hija de usted, que es á quien únicamente debo darlas.

JOSEFA. Está usted en un error! Yo soy su madre...

RAFAEL. Pues no lo parece; porque una madre no debe consentir que su hija engañe á su marido.

MAT. (Con dignidad.) Rafael!

JOSEFA. Oiga usted, ni mi hija ni yo somos como esas mujeres á quienes está usted acostumbrado á tratar. (Muy marcado.) Mi hija de mi alma, de quien debía usted besar la tierra que pisa, quería darle á usted la sorpresa de un retrato suyo para el dia de su santo; y como Carlos es un pintor distinguido y no había de retratarla de memoria...

RAFAEL. Cómo! Qué oigo? era ese el motivo de tus salidas? Ah! Matilde! (Abrazándola.) Luego ese sobre... la carta de Carlos...

JOSEFA. (Á Matilde con rapidez.) ¡No le contestes! No le contestes!!

MAT. Esta es la carta. (Se la dá.) Ella te demostrará ^{mi} que si mi inocencia ~~necesita pruebas para ser creída por tí,~~ yo no puedo perdonarte tal ofensa! *y lo más absurdo de*

JOSEFA. Ni yo tampoco! Ya puede usted buscar otra casa donde llevar sus hijos! *Una suposición indigna caballero*

MAT. (Mamá, por Dios!)

JOSEFA. Y si mi hija no es una loca, no es porque usted no le dá motivos para ello; así, hoy mismo saldré de esta casa para impedir un disgusto muy grave!! *no permitir.*

RAFAEL. Muy bien hecho!

MAT. (Llorando.) Rafael... por Dios... dile que se quede!

RAFAEL. Yo!!...

JOSEFA. (Con gravedad.) Adios! Me voy! Pero volveré el dia ménos pensado... á vengar á mi hija! (Quedan las dos en segundo término y abrazadas.)

RAFAEL. (Yo no puedo más! Voy á volverme loco!) (Se sienta. Aparecen por la segunda puerta de la izquierda Manuel y Julio, muy graves y vestidos de negro.)

ESCENA XI.

DICHOS, MANUEL y JULIO.

- MAN. (Con solemnidad.) Ya nos tienes aquí! Puedes decirnos las condiciones del duelo, que supongo será á muerte.
- JULIO. (Id.) Mi hermano es un caballero y no puede batirse de otro modo! *Noblesse oblige!*
- MAT. Pero Rafael, aún intentas llevar á cabo...
- JOSEFA. Déjale; eso es lo mejor que puede sucederte...
- MAN. Danos tus instrucciones como padrinos.
- RAFAEL. (Levantándose de pronto y como habiendo tomado una resolución.) Voy en seguida! (Llamando.) Juan! Juan!!

ESCENA XII.

DICHOS, JUAN, detrás DOLORES y NICANOR, despues CARLOTA.

- JUAN. (Por la primera puerta de la derecha.) Señorito, ¿qué manda usted?
- DOL. (Por la misma puerta con Nicanor.) Si no hay más que verle! Si tiene tu misma cara!!
- NICANOR. Pero mujer... si yo ya no tengo cara de eso!
- JOSEFA. Todavía andan ustedes con el chico á vueltas?
- CARL. (Que ha entrado un poco ántes.) Qué chico?
- NICANOR. El de Juan!;
- DOL. El de Nicanor!
- JOSEFA. El de Rafael!
- RAFAEL. Sí? El mio? Ahora verá usted... Juan! Trae aquí el chico que voy á matarle!!
- MAN. Ave María Purísima!!
- MAT. Rafael! Por Dios!! (Todos gritan confundidamente.)
- JOSEFA. Será capaz de matar á su hijo! Si es otro Herodes!
- RAFAEL. (Fuera de sí.) Venga el chico!!!

JULIO. Hombre... lo que es eso!!...

JUAN. Señorito... por Dios!

DOL. (Á Rafael.) Mira: y si no le matas tú, le voy á matar yo! Por mi salud que lo mato!

RAFAEL. (Dirigiéndose á la primera puerta de la derecha.) Ahora lo veremos!

MAT. Rafael!! (Deteniéndole todos y gritando al mismo tiempo.)

JOSEFA. No! No!

RAFAEL. Que lo mato! Que lo mato!

JULIO. Poco á poco! (Julio se interpone. Asombro de todos y silencio.)

NICANOR. (Á Dolores.) Lo ven ustedes? Lo ves tú?

MAN. (Pataplum!!)

RAFAEL. Ah! Conque es tuyo? Pues tú y el chico y el ama á la calle! (Empujándolo.)

JULIO. Pero hombre!...

RAFAEL. Y si no, espérate: Matilde... El brazo. (Se le da.) Señores; esta casa está á la disposicion de mi familia... pero sin mí... y sin mi mujer. Ahí se quedan ustedes si quieren... hasta el fin del mundo, con... mi querida suegra y con la Anaclea; con el gato y con el chico. Devórense ustedes con toda felicidad y hasta nunca! (Dirigiéndose á la primera puerta de la derecha.)

JULIO. Pero Rafael! (Deteniéndolos y gritando todos.)

~~JOSEFA. Oiga usted!~~

~~MAN. Atiende!~~

~~NICANOR. Oye!~~

RAFAEL. Yo creí como otros muchos tontos que hay por el mundo, que las gentes podian vivir juntas!

MAT. Hombre...

DOL. Pues lo que es nosotros...

RAFAEL. Gracias, conque dos personas solas puedan entenderse!

~~UNOS. Qué falta de educacion!~~

~~TÓDOS. Pero se van ustedes?...~~

~~OTROS. ¡Qué escándalo!!!~~

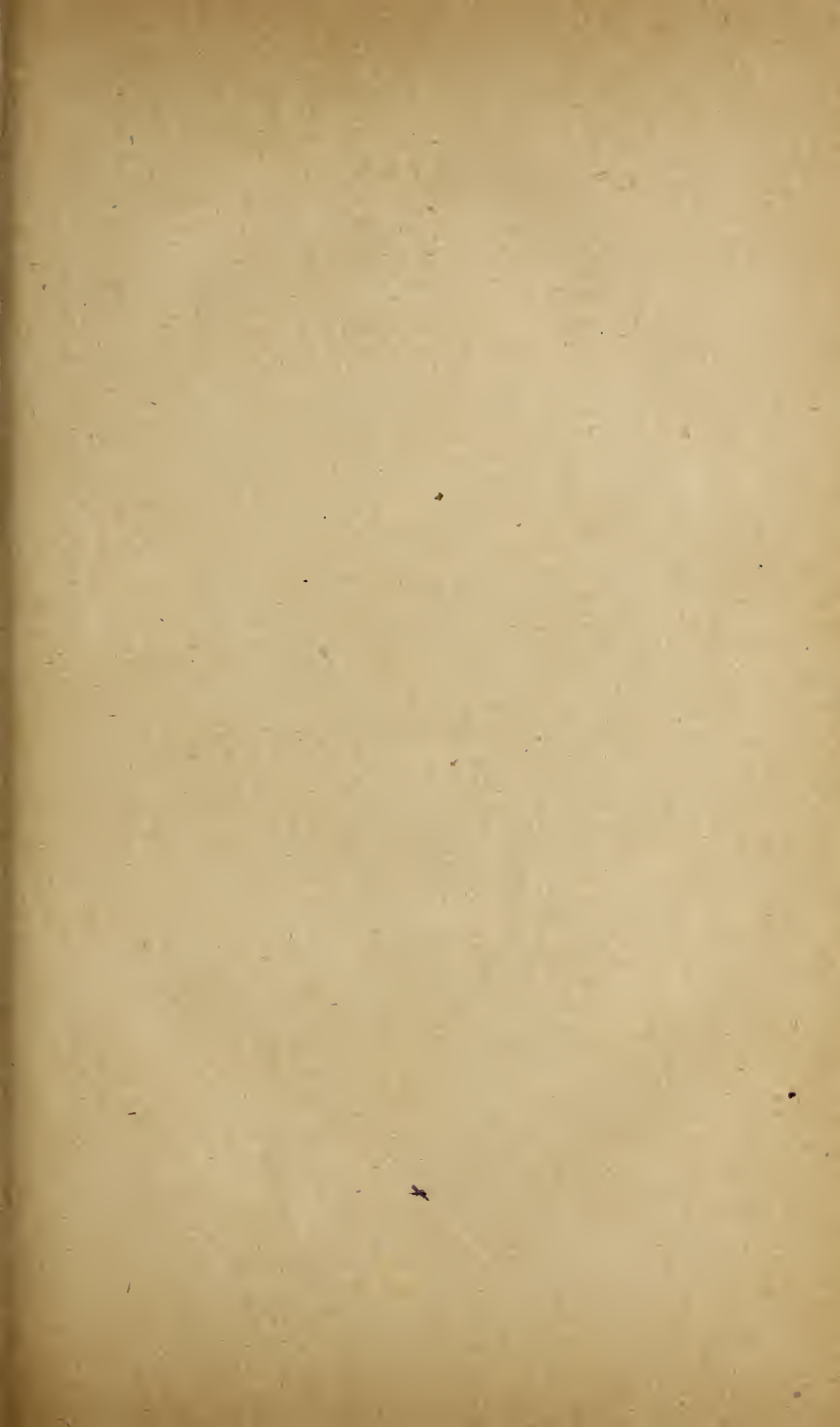
JOSEFA. (Á Matilde.) Y me abandonas!!

RAFAEL.

Así todo se concilia;
desde hoy rabien cuanto puedan!
Matilde; á escape! (Al público.) Ahí se quedan
ustedes con mi familia!

(Coge á Matilde del brazo y echan á correr por la primera
puerta de la derecha, que cierran al salir. Todos gritan.
Gran algarabía. Telen rápido.)

FIN DEL JUGUETE.





TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
Dos siglos en una hora, <i>revista</i>	1	Maestre y Arnedo.....	L. y M.
Dos tunantes.....	1	N. N.....	L.
El número fatal.....	1	N. y Mangiagalli.....	L. y M.
El Tambor Mayor.....	1	J. Romea.....	M.
El faldon de la Levita.....	1	G. Perrin.....	L.
El gran Turco.....	1	Perrin y Nieto.....	L. y M.
El Mascoto.....	1	Cuartero y Taboada.....	L. y M.
El lápiz mágico.....	1	Palomino de Guzman....	L.
En el otro mundo.....	1	M. Nieto.....	M.
El Jefe número cuatro.....	1	Caballero y Taboada....	L. y M.
El mono Ton-Kóng.....	1	A. Croselles.....	$\frac{1}{2}$ L.
Entre dos tios.....	1	Segovia y Nieto.....	L. y M.
Gimnasio higiénico.....	1	Pablo Hernandez.....	M.
Guerra al novio.....	1	Zumel y Ruiz.....	L. y M.
1 comici tronati.....	1	Palomino, Cuesta y Man- giagalli.....	L. y M.
Ingleses y Flamencos.....	1	Antonio Roig.....	M.
La solterona.....	1	Manuel Nieto.....	M.
La venganza de Mendrugo.....	1	Palomino y Mangiagalli..	L. y M.
La del tren.....	1	Croselles y Taboada....	L. y M.
La mantilla blanca.....	1	Navarro.....	$\frac{1}{2}$ L.
La gran noche.....	1	Juan Maestre.....	L.
La oracion de san Antonio.....	1	L. Arnedo.....	M.
La vuelta de Mendrugo.....	1	Juan Maestre y Arnedo...	L. y M.
Las mañanas del Retiro.....	1	L. Arnedo.....	M.
La solterona.....	1	M. Nieto.....	M.
Música del porvenir.....	1	M. Nieto.....	M.
Otelo y Desdémona.....	1	Manuel Nieto.....	M.
Por una corbata.....	1	M. Nogueras.....	L.
¡Pobre glorial.....	1	Manuel Nieto.....	M.
Tragarse la pildora.....	1	Manuel Nieto.....	M.
Un lio en el ropero.....	1	Zumel y Croselles.....	L.
Valiente pesca.....	1	Juan Maestre.....	L.
Noches de Madrid.....	2	Cuesta, Croselles, Palomi- no y Mangiagalli....	L. y $\frac{1}{2}$ M.
El capitán Centellas.....	3	Fernandez Caballero....	$\frac{1}{2}$ M.
La cruz de fuego.....	3	Pedro Miguel Marqués....	M.
El reloj de Lucerna.....	3	Zapata y Marqués.....	L. y M.

Por convenio celebrado con la respetable casa editorial del Sr. D. ANTONIO ROMERO y ANDIA, soy el encargado de alquilar los materiales, ó sean las partes sueltas de voces y orquesta necesarias para la ejecucion de las zarzuelas *C de L*, *Curriya*, *Don Pompeyo en Carnaval*, *El último mono*, *Fuego en guerrillas*, *Nadie se muere hasta que Dios quiere*, *Pascual Bailon*, *Retreta*, *Los duelos con pan son menos*, *La gallina ciega*. *El molinero de Subiza*, *Un estudiante de Salamanca*, y todas las demás músicas cuya propiedad de reproducción pertenecen al referido Sr. Romero.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de *D. José Gaspar*, calle de la Montera número 3, de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, número 7; de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9; de los *Sres. Córdoba y Compañía*, Puerta del Sol, núm. 14; de los *Sres. Simon y Osler*, calle de las Infantas, núm. 1b; de los *Sres. Gaspar*, editores, calle del Príncipe, núm. 4; *Saturnino Calleja*, Paz, núm. 7; *D. Eugenio Sobrino*, Santiago núm. 1, y de *D. Miguel Guijarro*, preciados, 5.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los Corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

COIMBRA. *D. Antonio Duarte Areosa*.

LISBOA. *Juan Manuel Valle*, Praça de Don Pedro I, núm. 30.

OPORTO. *Joaquim Duarte de Mattos Junior*.

FRANCIA.

Librería de *Mr. E. Denné*, 15, Rue Monsigny, Paris.

ALEMANIA.

Mr. Wilhelm Friedrich, editeur, Leipzig.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.